

CASTRO, GUILLÉN DE (1569-1631)

LAS MOCEDADES DEL CID

PERSONAJES

EL REY D. FERNANDO.
LA REYNA, SU MUGER.
EL PRÍNCIPE D. SANCHO.
LA INFANTA DOÑA URRACA.
DIEGO LAÍNEZ, PADRE DEL CID.
RODRIGO, EL CID.
EL CONDE LOÇANO.
XIMENA GÓMEZ, HIJA DEL CONDE.
ARIAS GONÇALO.
PERANSULES.
HERNÁN DÍAZ Y BERMUDO.
LAÍN, HERMANOS DEL CID.
ELVIRA, CRIADA DE XIMENA GÓMEZ.
UN MAESTRO DE ARMAS DEL PRÍNCIPE.
D. MARTÍN GONÇÁLES.
UN REY MORO.
QUATRO MOROS.
UN PASTOR.
[UN GAFO.]
DOS O TRES PAJES, Y ALGUNA OTRA GENTE DE ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO

Salen el REY DON FERNANDO y DIEGO LAÍNEZ, los dos de barba blanca, y el Diego Laínez, de crépito: arrodíllase delante el Rey, y dize:

DIEGO LAÍNEZ.
Es gran premio a mi lealtad.

REY.
A lo que devo me obligo.

DIEGO LAÍNEZ..
Hónrale tu Magestad.

REY.

Honro a mi sangre en Rodrigo.
Diego Laínez, alçad.
Mis propias armas le he dado
para armalle Cavallero.

DIEGO LAÍNEZ

Ya, Señor, las ha velado,
y ya viene...

REY.

Ya lo espero.

DIEGO LAÍNEZ.

...excesivamente honrado,
pues don Sancho mi Señor,
-mi Príncipe, -y mi Señora
la Reyna, le son, Señor,
Padrinos.

REY.

Pagan agora
lo que deven a mi aMORO.

Salen la REYNA y el Príncipe DON SANCHO, la Infanta DOÑA URRACA, XIMENA GÓMEZ, [RODRIGO], el CONDE LOÇANO, ARIAS GONÇALO Y PERANÇULES.

URRACA.

¿Qué te parece, Ximena,
de Rodrigo?

XIMENA.

Que es galán,
-y que sus ojos le dan Aparte.
al alma sabrosa pena.-

REYNA.

¡Qué bien las armas te están!
¡Bien te asientan!

RODRIGO.

¿No era llano,
pues tú les diste los ojos
y Arias Gonçalo la mano?

ARIAS.

Son del cielo tus despojos,
y es tu valor Castellano.

REYNA.

¿Qué os parece mi ahijado? [Al REY].

D. SANCHO

¿No es galán, fuerte y lucido?... [Idem].

CONDE.

-Bravamente le han honrado [A PERANSULES].
los Reyes.

PERANSULES.

Estremo ha sido.

RODRIGO.

¡Besaré lo que ha pisado
quien tanta merced me ha hecho!

REY.

Mayores las merecías.
¡Qué robusto, qué bien hecho!
Bien te vienen armas mías.

RODRIGO.

Es tuyo también mi pecho.

REY.

Lleguémonos al Altar
del Santo Patrón de España.

DIEGO LAÍNEZ.

No hay más glorias que esperar.

RODRIGO.

Quien te sirve, y te acompaña,
al cielo puede llegar.

Corren una cortina, y parece el Altar de Santiago, y en él una fuente de plata, una espada,
y unas espuelas doradas.

REY.

Rodrigo, ¿queréys ser Cavallero?

RODRIGO.

Sí, quiero.

REY.

Pues Dios os haga buen Cavallero.
Rodrigo, ¿queréys ser Cavallero?

RODRIGO.

Sí, quiero.

REY.

Pues Dios os haga buen Cavallero.
Rodrigo, ¿queréys ser Cavallero?

RODRIGO.

Sí, quiero.

REY.

Pues Dios os haga buen Cavallero.
Cinco batallas campales
venció en mi mano esta espada,
y pienso dexarla honrada
a tu lado.

RODRIGO.

Estremos tales
mucho harán, Señor, de nada.
Y assí, porque su alabança
llegue hasta la esfera quinta,
ceñida en tu confiança
la quitaré de mi cinta,
colgaréla en mi esperança.
Y, por el ser que me ha dado
el tuyo, que el cielo guarde,
de no bolvérmela al lado
hasta estar asegurado
de no hazértela covarde,
que será haviendo vencido
cinco campales batallas.

CONDE.

-¡Ofrecimiento atrevido!- Aparte.

REY.

Yo te daré para dallas
la ocasión que me has pedido.
Infanta, y vos le poné

la espuela.

RODRIGO.
¡Bien soberano!

URRACA.
Lo que me mandas haré.

RODRIGO.
Con un favor de tal mano,
sobre el mundo pondré el pie.
Pónele [DOÑA URRACA] las espuelas.

URRACA.
Pienso que te havré obligado;
Rodrigo, acuérdate desto.

RODRIGO.
Al cielo me has levantado.

XIMENA.
-Con la espuela que le ha puesto, [Ap.]
el corazón me ha picado.-

RODRIGO.
Y tanto servirte espero,
como obligado me hallo.

REYNA.
Pues eres ya Cavallero,
ve a ponerte en un cavallo,
Rodrigo, que darte quiero.
Y yo y mis Damas saldremos
a verte salir en él.

D. SANCHO
A Rodrigo acompañemos.

REY.
Príncipe, salid con él,

PERANSULES.
-Ya estas honras son estremos.- Ap.

RODRIGO.
¿Qué vasallo mereció

ser de su Rey tan honrado?

D. SANCHO

Padre, y ¿cuándo podré yo
ponerme una espada al lado?

REY.

Aún no es tiempo.

D. SANCHO

¿Cómo no?

REY.

Pareceráte pesada,
que tus años tiernos son.

D. SANCHO

Ya desnuda, o ya embaynada,
las alas del corazón
hazen ligera la espada.

Yo, Señor, quando su azero
miro de la punta al pomo,
con tantos bríos le altero,
que a ser un monte de plomo
me pareciera ligero.

Y si Dios me da lugar
de ceñilla, y satisfecho
de mi pujança, llevar
en hombros, espalda y pecho,
gola, peto y espaldar,
verá el mundo que me fundo
en ganalle; y si le gano,
verán mi valor profundo,
sustentando en cada mano
un polo de los del mundo.

REY.

Soys muy moço Sancho; andad.
Con la edad daréys desvío
a ese brío.

D. SANCHO

¡Imaginad
que pienso tener más brío
quando tenga más edad!

RODRIGO.

En mí tendrá vuestra Alteza
para todo un fiel vasallo.

CONDE.

¡Qué brava naturaleza! [A PERANSULES.]

D. SANCHO

Ven, y pondráste a cavallo.

PERANSULES.

¡Será la misma braveza! [Al CONDE.]

REYNA.

Vamos a vellos.

DIEGO LAÍNEZ

Bendigo,
hijo, tan dichosa palma.

REY.

-¡Qué de pensamientos sigo!- [Aparte.]

XIMENA.

-¡Rodrigo me lleva el alma!- Aparte.

URRACA.

-Bien me parece Rodrigo.- Aparte.

Vanse, y quedan el REY, el CONDE LOÇANO, DIEGO LAÍNEZ, ARIAS GONÇALO
y PERANSULES.

REY.

Conde de Orgaz, Peransules,
Laínez, Arias Gonçalo,
los quatro que hazeys famoso
nuestro Consejo de estado,
esperad, bolved, no os vays;
sentaos, que tengo que hablaros.

Siéntanse todos quatro, y el REY en medio de ellos.

Murió Gonçalo Bermudes,
que del Príncipe don Sancho
fué Ayo, y murió en el tiempo
que más le importava el Ayo.

Pues dexando estudio y letras
el Príncipe tan temprano,
tras su inclinación le llevan
guerras, armas y cavallos.
Y siendo de condición
tan indomable, y tan bravo,
que tiene asombrado el mundo
con sus prodigios estraños,
un vasallo ha menester
que, tan leal como sabio,
enfrene sus apetitos
con prudencia y con recato.
Y assí, yo viendo, parientes
más amigos que vasallos,
que es Mayordomo mayor
de la Reyna Arias Gonçalo,
y que de Alonso y García
tiene la cura a su cargo
Peransules, y que el Conde
por muchas causas Loçano,
para mostrar que lo es
viste azero y corre el campo,
quiero que a Diego Laínez
tenga el Príncipe por Ayo;
pero es mi gusto que sea
con parecer de los quatro,
columnas de mi corona
y apoyos de mi cuydado.

ARIAS.

¿Quién como Diego Laínez
puede tener a su cargo
lo que importa tanto a todos,
y al mundo le importa tanto?

PERANSULES.

¿Merece Diego Laínez
tal favor de tales manos?

CONDE.

Sí, merece; y más agora,
que a ser contigo ha llegado
preferido a mi valor
tan a costa de mi agravio.
Haviendo yo pretendido
el servir en este cargo

al Príncipe mi Señor
que el cielo guarde mil años,
devieras mirar, buen Rey,
lo que siento y lo que callo
por estar en tu presencia,
si es que puedo sufrir tanto.
Si el viejo Diego Laínez
con el peso de los años
caduca ya, ¿cómo puede,
siendo caduco, ser sabio?
Y cuando al Príncipe enseñe
lo que entre ejercicios varios
deve hacer un Cavallero
en las plaças y en los campos,
¿podrá, para dalle exemplo,
como yo mil vezes hago,
hacer una lança astillas,
desalentando un cavallo?
Si yo...

REY.
¡Baste!

DIEGO LAÍNEZ
Nunca, Conde,
anduvistes tan loçano.
Que estoy caduco confieso,
que el tiempo, en fin, puede tanto.
Mas caducando, durmiendo,
feneciendo, delirando,
¡puedo, puedo enseñar yo
lo que muchos ignoraron!
Que si es verdad que se muere
qual se bive, agonizando,
para bivar daré exemplos,
y valor para imitallos.
Si ya me faltan las fuerças
para con pies y con braços
hazer de lanças astillas
y desalenter cavallos,
de mis hazañas escritas
daré al Príncipe un traslado,
y aprenderá en lo que hize,
si no aprende en lo que hago.
Y verá el mundo, y el Rey,
que ninguno en lo criado

merece...

REY.
¡Diego Laínez!

CONDE.
¡Yo lo merezco...

REY.
¡Vasallos!

CONDE.
...tan bien como tú, y mejor!

REY.
¡Conde!

DIEGO LAÍNEZ
Recibes engaño.

CONDE.
Yo digo...

REY.
¡Soy vuestro Rey!

DIEGO LAÍNEZ
¿No dizes?...

CONDE.
¡Dirá la mano
lo que ha callado la lengua!
Dale una bofetada.

PERANSULES.
¡Tente!...

DIEGO LAÍNEZ
¡Ay, viejo desdichado!

REY.
¡Ah, de mi guarda...,

DIEGO LAÍNEZ
¡Dexadme!

REY.

...prendelde!

CONDE.

¿Estás enojado?

Espera, excusa alborotos,

Rey poderoso, Rey magno,

y no los habrá en el mundo
de havellos en tu palacio.

Y perdónale esta vez

a esta espada y a esta mano

el perderte aquí el respeto,

pues tantas y en tantos años

fué apoyo de tu corona,

caudillo de tus soldados,

defendiendo tus fronteras,

y vengando tus agravios.

Considera que no es bien

que prendan los Reyes sabios

a los hombres como yo,

que son de los Reyes manos,

alas de su pensamiento,

y corazón de su estado.

REY.

¿Hola?

PERANSULES.

¿Señor?

ARIAS.

¿Señor?

REY.

¿Conde?

CONDE.

Perdona.

REY.

¡Espera, villano!- Vase el CONDE.

¡Seguilde!

ARIAS.

¡Parezca agora

tu prudencia, gran Fernando!

DIEGO LAÍNEZ

Llamalde, llamad al Conde,
que venga a ejercer el cargo
de Ayo de vuestro hijo,
que podrá más bien honrallo;
pues que yo sin honra quedo,
y él lleva, altivo y gallardo,
añadido al que tenía
el honor que me ha quitado.
Y yo me iré, si es que puedo,
tropeçando en cada paso
con la carga de la afrenta
sobre el peso de los años,
donde mis agravios llore
hasta vengar mis agravios.

REY.

¡Escucha, Diego Laínez!

DIEGO LAÍNEZ

Mal parece un afrentado
en presencia de su Rey.

REY.

¡Oíd!

DIEGO LAÍNEZ

¡Perdonad, Fernando!
¡Ay, sangre que honró a Castilla!

Vase DIEGO LAÍNEZ.

REY.

¡Loco estoy!

ARIAS.

Va apasionado.

REY.

Tiene razón. ¿Qué haré, amigos?
¿Prenderé al Conde Loçano?

ARIAS.

No, Señor; que es poderoso,
arrogante, rico y bravo,

y aventuras en tu imperio
tus Reynos y tus vasallos.
Demás de que en casos tales
es negocio averiguado
que el prender al delinqüente
es publicar el agravio.

REY.

Bien dizes. -Ve, Peransules,
siguiendo al Conde Loçano.
Sigue tú a Diego Laínez. [A ARIAS GONÇ.]
Dezid de mi parte a entrambos
que, pues la desgracia ha sido
en mi aposento cerrado
y está seguro el secreto,
que ninguno a publicallo
se atreva, haziendo el silencio
perpetuo; y que yo lo mando
so pena de mi desgracia.

PERANSULES.

¡Notable razón de estado!

REY.

Y dile a Diego Laínez [A ARIAS GONÇ.]
que su honor tomo a mi cargo,
y que vuelva luego a verme.
Y di al Conde que le llamo [A PERANSULES.]
y le aseguro.-Y veremos
si puede haver medio humano
que componga estas desdichas.

PERANSULES.

Iremos.

REY.

¡Bolued bolando!

ARIAS.

Mi sangre es Diego Laínez.

PERANSULES.

Del Conde soy primo hermano.

REY.

-Rey soy mal obedecido,

castigaré mis vasallos.- Vanse.

Sale RODRIGO con sus hermanos HERNÁN DÍAZ y BERMUDO LAÍN que le salen quitando las armas.

RODRIGO.

Hermanos, mucho me honráys

BERMUDO.

A nuestro hermano mayor
servimos.

RODRIGO.

Todo el amor
que me devéys, me pagáys.

HERNÁN.

Con todo, havemos quedado,
-que es bien que lo confesemos,-
imbidiando los extremos
con que del Rey fuiste honrado.

RODRIGO.

Tiempo, tiempo vendrá, hermanos,
en que el Rey, placiendo a Dios,
pueda emplear en los dos
sus dos liberales manos
y os dé con los mismos modos
el honor que merecí;
que el Rey que me honra a mí,
honra tiene para todos.
Id colgando con respeto
sus armas, que mías son;
a cuyo heroyco blasón
otra vez juro y prometo
de no ceñirme su espada,
que colgada aquí estará
de mi mano, y está ya
de mi esperança colgada,
hasta que llegue a vencer
cinco batallas campales.

BERMUDO.

Y ¿quándo, Rodrigo, sales
al campo?

RODRIGO.
A tiempo ha de ser.

Sale DIEGO LAÍNEZ con el báculo partido en dos partes.

DIEGO LAÍNEZ
¿Agora cuelgas la espada,
Rodrigo?

HERNÁN.
¡Padre!

BERMUDO.
¡Señor!

RODRIGO.
¿Qué tienes?

DIEGO LAÍNEZ
-No tengo honor.- Aparte.
¡Hijos!...

RODRIGO.
¡Dilo!

DIEGO LAÍNEZ
Nada, nada...
¡Dexadme solo!

RODRIGO.
¿Qué ha sido?
-De honra son estos enojos. [Aparte.]
Vertiendo sangre los ojos...
con el báculo partido...-

DIEGO LAÍNEZ
¡Salíos fuera!

RODRIGO.
Si me das
licencia, tomar quisiera
otra espada.

DIEGO LAÍNEZ
¡Esperad fuera!
¡Salte, salte como estás!

HERNÁN.
¡Padre!

BERMUDO.
¡Padre!

DIEGO LAÍNEZ
-¡Más se aumenta [Ap.]
mi desdicha!-

RODRIGO.
¡Padre amado!

DIEGO LAÍNEZ
-Con una afrenta os he dado Aparte.
a cada uno una afrenta.-
¡Dexadme solo...
Cruel [A HERNÁN.]
es su pena.

HERNÁN.
Yo la siento.

DIEGO LAÍNEZ
...que se caerá este aposento
si hay quatro afrentas en él!-
¿No os vays?

RODRIGO.
Perdona...

DIEGO LAÍNEZ
-¡Qué poca [Ap.]
es mi suerte!-

RODRIGO.
¿Qué sospecho?... [Ap.]
Pues ya el honor en mi pecho
toca a fuego, al arma toca.-
Vanse los tres.

DIEGO LAÍNEZ
¡Cielos! ¡Peno, muero, rabio!...
No más báculo rompido,
pues sustentar no ha podido

sino al honor, al agravio.
Mas no os culpo, como sabio.
Mal he dicho... perdonad:
que es ligera autoridad
la vuestra, y sólo sustenta
no la carga de una afrenta,
sino el peso de una edad.
Antes con mucha razón
os vengo a estar obligado,
pues dos palos me havéys dado
con que vengue un bofetón.
Mas es liviana opinión
que mi honor fundarse quiera
sobre cosa tan ligera.
Tomando esta espada, quiero
llevar báculo de acero
y no espada de madera.

Ha de haver unas armas colgadas en el tablado y algunas espadas.

Si no me engaño, valor
tengo que mi agravio siente.
¡En ti, en ti, espada valiente,
ha de fundarse mi honor!
De Mudarra el vengador
eres; tu acero afamólo
desde el uno al otro polo:
pues vengaron tus heridas
la muerte de siete vidas,
¡venga en mí un agravio solo!
Esto ¿es blandir o temblar?
pulso tengo todavía;
aún yerve mi sangre fría,
que tiene fuego el pesar.
Bien me puedo aventurar;
mas ¡ay cielo! engaño es,
que qualquier tajo o revés
me lleva tras sí la espada,
bien en mi mano apretada
y mal segura en mis pies.
Ya me parece de plomo,
ya mi fuerça desfallece,
ya caygo, ya me parece
que tiene a la punta el pomo.
Pues ¿qué he de hacer? ¿Cómo, cómo,
con qué, con qué confiança

daré paso a mi esperanza,
quando funda el pensamiento
sobre tan flaco cimientto
tan importante vengança?
¡Oh, caduca edad cansada!
Estoy por pasarme el pecho.
¡Ah, tiempo ingrato! ¿qué has hecho?
¡Perdonad, valiente espada,
y estad desnuda, y colgada,
que no he de embaynaros, no!
Que pues mi vida acabó
donde mi afrenta comiença,
teniéndoos a la vergüença,
diréys la que tengo yo.
¡Desvanéceme la pena!
Mis hijos quiero llamar;
que aunque es desdicha tomar
vengança con mano agena,
el no tomalla condena
con más veras al honrado.
En su valor he dudado,
teniéndome suspendido
el suyo por no sabido,
y el mío por acabado.
¿Qué haré?... No es mal pensamiento.
¡Hernán Días!

Sale HERNÁN DÍAS.

HERNÁN.
¿Qué me mandas?

DIEGO LAÍNEZ
Los ojos tengo sin luz,
la vida tengo sin alma.

HERNÁN.
¿Qué tienes?

DIEGO LAÍNEZ
¡Ay hijo! ¡Ay hijo!
Dame la mano; estas ansias
con este rigor me aprietan.

Tómale la mano a su hijo, y apriétasela lo más fuerte que pudiere.

HERNÁN.

¡Padre, padre!, ¡que me matas!
¡Suelta, por Dios, suelta! ¡ay cielo!

DIEGO LAÍNEZ

¿Qué tienes?, ¿qué te desmaya?
¿qué lloras, medio muger?

HERNÁN.

¡Señor!...

DIEGO LAÍNEZ

¡Vete! ¡vete! ¡Calla!
¿Yo te di el ser? No es posible...
¡Salte fuera!

HERNÁN.

-¡Cosa estraña!- Vase.

DIEGO LAÍNEZ

¡Si assí son todos mis hijos
buena queda mi esperança!
¡Bermudo Laín!

Sale BERMUDO LAÍN.

BERMUDO.

¿Señor?

DIEGO LAÍNEZ

Una congoja, una basca
tengo, hijo. Llega, llega...
¡Dame la mano! -Apriétale la mano.

BERMUDO.

Tomalla
puedes. ¡Mi padre! ¿qué hazes?...
¡Suelta, dexa, quedo, basta!
¿Con las dos manos me aprietas?

DIEGO LAÍNEZ

¡Ah, infame! Mis manos flacas
¿son las garras de un león?
Y aunque lo fueran ¿bastaran
a mover tus tiernas quexas?
¿Tú eres hombre? ¡Vete, infamia

de mi sangre!...

BERMUDO.

-Voy corrido- Vase.

DIEGO LAÍNEZ

¿Hay tal pena? ¿hay tal desgracia?

¡En qué columnas estriba

la nobleza de una casa

que dió sangre a tantos Reyes!

Todo el aliento me falta.

¡Rodrigo!

Sale RODRIGO.

RODRIGO.

¿Padre? Señor,

¿es posible que me agravias?

Si me engendraste el primero,

¿cómo el postrero me llamas?

DIEGO LAÍNEZ

¡Ay, hijo! Muero...

RODRIGO.

¿Qué tienes?

DIEGO LAÍNEZ

¡Pena, pena, rabia, rabia!

Muérdete un dedo de la mano fuertemente.

RODRIGO.

¡Padre! ¡Soltad en mal hora!

¡Soltad, padre, en hora mala!

¡Si no fuéades mi padre

diéraos una bofetada!...

DIEGO LAÍNEZ

Ya no fuera la primera.

RODRIGO.

¿Cómo?

DIEGO LAÍNEZ

¡Hijo, hijo del alma!

¡Esse sentimiento adoro,

essa cólera me agrada,
essa braveza bendigo!
¡Essa sangre alborotada
que ya en tus venas rebienta,
que ya por tus ojos salta,
es la que me dio Castilla,
y la que te di heredada
de Laín Calvo, y de Nuño,
y la que afrentó en mi cara
el Conde... el Conde de Orgaz...
esse a quien Loçano llaman!
¡Rodrigo, dame los braços!
¡Hijo, esfuerça mi esperança
y esta mancha de mi honor
que al tuyo se estiende, lava
con sangre; que sangre sola
quita semejantes manchas!...
Si no te llamé el primero
para hazer esta vengança,
fue porque más te quería,
fue porque más te adorava;
y tus hermanos quisiera
que mis agravios vengaran,
por tener seguro en ti
el mayorazgo en mi casa.
Pero pues los vi, al provallos,
tan sin bríos, tan sin alma,
que doblaron mis afrentas
y crecieron mis desgracias,
¡a ti te toca, Rodrigo!
Cobra el respeto é estas canas;
poderoso es el contrario,
y en Palacio y en campaña
su parecer el primero,
y suya la mejor lança.
Pero pues tienes valor
y el discurso no te falta,
quando a la vergüença miras
aquí ofensa, y allí espada,
no tengo más que dezirte,
pues ya mi aliento se acaba
y voy a llorar afrentas
mientras tú tomas venganças.

Vase DIEGO LAÍNEZ, dexando solo a RODRIGO.

RODRIGO.

Suspenso, de afligido,
estoy... Fortuna, ¿es cierto lo que veo?
¡Tan en mi daño ha sido
tu mudança, que es tuya, y no la creo!...
¿Posible pudo ser que permitiese
tu inclemencia que fuese
mi padre el ofendido... ¡extraña pena!
y el ofensor el padre de Ximena?
¿Qué haré, suerte atrevida,
si él es el alma que me dio la vida?
¿Qué haré (¡terrible calma!),
si ella es la vida que me tiene el alma?
Mezclar quisiera, en confiança tuya,
mi sangre con la suya,
¿y he de verter su sangre?... ¡brava pena!
¿yo he de matar al padre de Ximena?
Mas ya ofende esta duda
al santo honor que mi opinión sustenta.
Razón es que sacuda
de amor el yugo, y la cerviz esenta
acuda a lo que soy; que haviendo sido
mi padre el ofendido,
poco importa que fuese ¡amarga pena!,
el ofensor el padre de Ximena.
¿Qué imagino? Pues que tengo
más valor que pocos años,
para vengar a mi padre
matando al Conde Loçano
¿qué importa el bando temido
del poderoso contrario,
aunque tenga en las montañas
mil amigos Asturianos?
Y ¿qué importa que en la Corte
del Rey de León, Fernando,
sea su voto el primero
y en guerra el mejor su braço?
Todo es poco, todo es nada
en descuento de un agravio,
el primero que se ha hecho
a la sangre de Laín Calvo.
Daráme el cielo ventura,
si la tierra me da campo,
aunque es la primera vez
que doy el valor al braço.
Llevaré esta espada vieja

de Mudarra el Castellano,
aunque está bota, y mohosa,
por la muerte de su amo;
y si le pierdo el respeto,
quiero que admita en descargo
del ceñírmela ofendido,
lo que la digo turbado:
Haz cuenta, valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe,
y que con mi braço riñe
por su honra maltratada.
Bien sé que te correrás
de venir a mi poder,
mas no te podrás correr
de verme echar paso atrás.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado;
segundo dueño has cobrado
tan bueno como el primero.
Pues quando alguno me vença,
corrido del torpe hecho,
hasta la cruz en mi pecho
te esconderé, de vergüença.

Vase.

Salen a la ventana DOÑA URRACA y XIMENA GÓMEZ.

URRACA.

¡Qué general alegría
tiene toda la ciudad
con Rodrigo!

XIMENA.

Assí es verdad,
y hasta el Sol alegra el día.

URRACA.

Será un bravo Cavallero,
galán, bizarro y valiente.

XIMENA.

Luze en él gallardamente
entre lo hermoso y lo fiero.

URRACA.

¡Con qué brío, qué pujança,
gala, esfuerzo y maravilla,
afirmándose en la silla,
rompió en el ayre una lança!
Y al saludar, ¿no le viste
que a tiempo picó el cavallo?

XIMENA.
Si llevó para picallo
la espuela que tú le diste,
¿qué mucho?

URRACA.
¡Ximena, tente!
porque ya el alma recela
que no ha picado la espuela
al cavallo solamente.

Salen el CONDE LOÇANO y PERANSULES, y algunos CRIADOS.

CONDE.
Confieso que fué locura,
mas no la quiero emendar.

PERANSULES.
Querrálo el Rey remediar
con su prudencia y cordura.

CONDE.
¿Qué he de hazer?

PERANSULES.
Escucha agora,
ten flema, procede a espacio...-

XIMENA.
A la puerta de Palacio
llega mi padre, y, Señora,
algo viene alborotado.

URRACA.
Mucha gente le acompaña.

PERANSULES.
Es tu condición estraña.

CONDE.

Tengo condición de honrado.

PERANSULES.

Y con ella ¿has de querer perderte?

CONDE.

¿Perderme? No,
que los hombres como yo
tienen mucho que perder,
y ha de perderse Castilla
antes que yo.

PERANSULES.

¿Y no es razón
el dar tú...?

CONDE.

¿Satisfacción?
¡Ni dalla ni recebilla!

PERANSULES.

¿Por qué no? No digas tal.
¿Qué duelo en su ley lo escribe?

CONDE.

El que la da y la recibe,
es muy cierto quedar mal,
porque el uno pierde honor,
y el otro no cobra nada;
el remitir á la espada
los agravios es mejor.

PERANSULES.

Y ¿no hay otros medios buenos?

CONDE.

No dizen con mi opinión.
Al dalle satisfacción
¿no he de dezir, por lo menos,
que sin mí y conmigo estava
al hazer tal desatino,
o porque sobrava el vino,
o porque el seso faltava?

PERANSULES.

Es así.

CONDE.

Y ¿no es desvarío
el no advertir, que en rigor
pondré un remiendo en su honor
quitando un girón del mío?
Y en habiendo sucedido,
havremos los dos quedado,
él, con honor remendado,
y yo, con honor perdido.
Y será más en su daño
remiendo de otro color,
que el remiendo en el honor
ha de ser del mismo paño.
No ha de quedar satisfecho
de essa suerte, cosa es clara;
si sangre llamé a su cara,
saque sangre de mi pecho,
que manos tendré y espada
para defenderme dél,

PERANSULES.

Essa opinión es cruel.

CONDE.

Esta opinión es honrada.
Procure siempre acertalla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defendella, y no emendalla.

PERANSULES.

Advierte bien lo que hazes,
que sus hijos...

CONDE.

Calla, amigo;
y ¿han de competir conmigo
y caduco, y tres rapazes?

Vanse [como que entran en Palacio].

Sale RODRIGO.

XIMENA.

¡Parece que está enojado
mi padre, ay Dios! Ya se van.

URRACA.

No te aflixas; tratarán
allá en su razón de estado.
Rodrigo viene.

XIMENA.

Y también
trae demudado el semblante.

RODRIGO.

-Qualquier agravio es gigante [Aparte.]
en el honrado... ¡Ay, mi bien!-

URRACA.

¡Rodrigo qué cavallero
pareces!

RODRIGO.

-¡Ay prenda amada!- [Aparte.]

URRACA.

¡Qué bien te sienta la espada
sobre seda y sobre azero!

RODRIGO.

Tal merced...

XIMENA.

-Alguna pena [A D.^a URRACA.]
señala... ¿Qué puede ser?-

URRACA.

Rodrigo...

RODRIGO.

-¡Que he de verter [Aparte.]
sangre del alma! ¡Ay, Ximena!-

[URRACA.]

... o fueran vanos antojos,
o pienso que te has turbado.

RODRIGO.

Sí, que las dos havéys dado
dos causas a mis dos ojos,
pues lo fueron deste efeto
el darme con tal ventura,
Ximena, amor y hermosura,
y tú, hermosura y respeto.

XIMENA.

Muy bien ha dicho, y mejor
dixera, si no igualara
la hermosura.

URRACA.

-Yo trocara- Aparte.
con el respeto el aMORO.-
Más bien hubiera acertado [A XIMENA.]
si mi respeto no fuera,
pues sólo tu amor pusiera
tu hermosura en su cuydado,
y no te causara enojos
el ver igualarme a ti
en ella.

XIMENA.

Sólo sentí
el agravio de tus ojos;
porque yo más estimara
el ver estimar mi amor
que mi hermosura.

RODRIGO.

-¡Oh, rigor -Aparte.
de fortuna! ¡Oh, suerte avara!
¡Con glorias creces mi pena!-

URRACA.

Rodrigo...

XIMENA.

-¿Qué puede ser?- [Aparte.]

RODRIGO.

¡Señora! -¡Qué he de verter [Aparte.]
sangre del alma! ¡Ay, Ximena!
Ya sale el conde Loçano.

¿Cómo ¡terribles enojos!
teniendo el alma en los ojos
pondré en la espada la mano?-

Salen el CONDE LOÇANO, y PERANSULES, y los CRIADOS.

PERANSULES.

De lo hecho te contenta,
y ten por cárcel tu casa.

RODRIGO.

-El amor allí me abrasa, Aparte.
y aquí me yela el afrenta.-

CONDE.

Es mi cárcel mi alvedrío,
si es mi casa.

XIMENA.

¿Qué tendrá?
Ya está hecho brasa, y ya está
como temblando de frío.

URRACA.

Hacia el Conde está mirando
Rodrigo, el color perdido.
¿Qué puede ser?

RODRIGO.

-Si el que he sido [Ap.]
soy siempre ¿qué estoy dudando?-

XIMENA.

¿Qué mira? ¿A qué me condena?

RODRIGO.

-Mal me puedo resolver.- [Aparte.]

XIMENA.

¡Ay, triste!

RODRIGO.

-¡Que he de verter -Aparte.
sangre del alma! ¡Ay, Ximena!...
¿Qué espero? ¡Oh, amor gigante!...
¿En qué dudo?... Honor ¿qué es esto?...

En dos balanças he puesto
ser honrado, y ser amante.

Salen DIEGO LAÍNEZ y ARIAS GONÇALO.

Mas mi padre es éste; rabio
ya por hazer su vengança,
¡que cayó la una balança
con el peso del agravio!
¡Covardes mis bríos son
pues para que me animara
huve de ver en su cara
señalado el bofetón!

DIEGO LAÍNEZ
Notables son mis enojos.
Deve dudar y temer
¿Qué mira, si echa de ver
que le animo con los ojos?

ARIAS.
Diego Láinez ¿qué es esto?

DIEGO LAÍNEZ
Mal te lo puedo decir.

PERANSULES.
Por acá podremos ir, [Al CONDE.]
que está ocupado aquel puesto.

CONDE.
Nunca supe andar torciendo
ni opiniones ni caminos.

RODRIGO.
-Perdonad, ojos divinos, [Aparte.]
si voy a matar muriendo.-
¿Conde?

CONDE.
¿Quién es?

RODRIGO.
A esta parte
quiero dezirte quién soy.

XIMENA.

¿Qué es aquello? ¡Muerta estoy!

CONDE.

¿Qué me quieres?

RODRIGO.

Quiero hablarte.

Aquel viejo que está allí

¿sabes quién es?

CONDE.

Ya lo sé.

¿Por qué lo dices?

RODRIGO.

¿Por qué?

Habla bajo, escucha.

CONDE.

Di.

RODRIGO.

¿No sabes que fué despojo
de honra y valor?

CONDE.

Sí sería.

RODRIGO.

Y ¿que es sangre suya y mía
la que yo tengo en el ojo?

¿Sabes?

CONDE.

Y el sabello (acorta
razones) ¿qué ha de importar?

RODRIGO.

Si vamos a otro lugar,
sabrás lo mucho que importa.

CONDE.

Quita, rapaz; ¿puede ser?

Vete, novel Cavallero,

vete, y aprende primero

a pelear y a vencer;
y podrás después honrarte
de verte por mí vencido,
sin que yo quede corrido
de vencerte, y de matarte.
Dexa agora tus agravios,
porque nunca acierta bien
venganças con sangre quien
tiene la leche en los labios.

RODRIGO.

En ti quiero començar
a pelear, y aprender;
y verás si sé vencer,
veré si sabes matar.
Y mi espada mal regida
te dirá en mi braço diestro,
que el coraçon es maestro
desta ciencia no aprendida.
Y quedaré satisfecho,
mezclando entre mis agravios
esta leche de mis labios
y esa sangre de tu pecho.

PERANSULES.

¡Conde!

ARIAS.

¡Rodrigo!

XIMENA.

¡Ay, de mí!

DIEGO LAÍNEZ

-El coraçon se me abrasa- [Aparte.]

RODRIGO.

Qualquier sombra desta casa [Al CONDE.]
es sagrado para ti...

XIMENA.

¿Contra mi padre, Señor?

RODRIGO.

...y assí no te mato agora.

XIMENA.

¡Oye!

RODRIGO.

¡Perdonad, Señora,
que soy hijo de mi honor!
¡Sígueme, Conde!

CONDE.

Rapaz
con soberbia de gigante,
mataréte si delante
te me pones; vete en paz.
Vete, vete, si no quiés
que como en cierta ocasión
dí a tu padre un bofetón,
te dé a ti mil puntapiés.

RODRIGO.

¡Ya es tu insolencia sobrada!

XIMENA.

¡Con cuánta razón me aflixo!

DIEGO LAÍNEZ

Las muchas palabras, hijo,
quitan la fuerza a la espada.

XIMENA.

¡Detén la mano violenta,
Rodrigo!

URRACA.

¡Trance feroz!

DIEGO LAÍNEZ

¡Hijo, hijo! Con mi boz
te embío ardiendo mi afrenta.

Éntranse acuchillando el CONDE y RODRIGO, y todos tras ellos, y dizen dentro lo siguiente.

CONDE.

¡Muerto soy!

XIMENA.

¡Suerte inhumana!
¡Ay, padre!

PERANSULES.
¡Matalde! ¡Muera! [Dentro.]

URRACA.
¿Qué haces, Ximena?

XIMENA.
Quisiera
echarme por la ventana.
Pero bolaré corriendo,
ya que no baxo bolando.
¡Padre! [Éntrase XIMENA.]

DIEGO LAÍNEZ
¡Hijo!

URRACA.
¡Ay, Dios!

Sale RODRIGO acuchillándose con todos.

RODRIGO.
¡Matando
he de morir!

URRACA.
¿Qué estoy viendo?

CRIADO 1.º
¡Muera, que al Conde mató!

CRIADO 2.º
¡Prendeldo!

URRACA.
Esperá ¿qué hazéys?
Ni le prendáys, ni matéys...
¡Mirad que lo mando yo,
que estimo mucho a Rodrigo,
y le ha obligado su honor!

RODRIGO.
Bella Infanta, tal favor

con toda el alma bendigo.
Mas es la causa estremada,
para tan pequeño efeto,
interponer tu respeto,
donde sobrara mi espada.
No matallos ni vencellos
pudieras mandarme a mí,
pues por respetarte a ti
los dexo con vida a ellos.

Quando me quieras honrar,
con tu ruego y con tu boz
detén el viento veloz,
para el indómito mar,
y para parar el Sol
te le opón con tu hermosura;
que para éstos, fuerça pura
sobra en mi braço español;
y no irán tantos viniendo,
como pararé matando.

URRACA.

Todo se va alborotando.
Rodrigo, a Dios te encomiendo,
y el Sol, el viento y el mar,
pienso, si te han de valer,
con mis ruegos detener
y con mis fuerças parar.

RODRIGO.

Beso mil vezes tu mano.
¡Seguidme! [A los CRIADOS.]

CRIADO 1.º

¡Vete al abismo!

CRIADO 2.º

¡Sígate el demonio mismo!

URRACA.

¡Oh, valiente Castellano!

Fin del acto primero

ACTO SEGUNDO

Sale el REY DON FERNANDO y algunos CRIADOS con él,

REY.

¿Qué rüido, grita y lloro,
que hasta las nuves abrasa,
rompe el silencio en mi casa,
y en mi respeto el decoro?
Arias Gonçalo ¿qué es esto?

Sale ARIAS GONÇALO.

ARIAS.

¡Una grande adversidad!
Perderáse esta Ciudad
si no lo remedias presto.

Sale PERANSULES.

REY.

Pues ¿qué ha sido?

PERANSULES.

Un enemigo...

REY.

¿Peransules?

PERANSULES.

...un rapaz
ha muerto al Conde de Orgaz.

REY.

¡Válame Dios! ¿Es Rodrigo?

PERANSULES.

Él es, y en tu confiança
pudo alentar su osadía.

REY.

Como la ofensa sabía,
luego caí en la vengança.
Un gran castigo he de hazer.

¿Prendieronle?

PERANSULES.

No, Señor.

ARIAS.

Tiene Rodrigo valor,
y no se dexó prender.
Fuése, y la espada en la mano,
llevando a compás los pies,
pareció un Roldán francés,
pareció un Héctor troyano.

Salen por una puerta XIMENA GÓMEZ, y por otra DIEGO LAÍNEZ, ella con un pañuelo lleno de sangre y él teñido en sangre el carrillo.

XIMENA.

¡Justicia, justicia pido!

DIEGO LAÍNEZ

Justa vengança he tomado.

XIMENA.

¡Rey, a tus pies he llegado!

DIEGO LAÍNEZ

Rey, a tus pies he venido.

REY.

-¡Con cuánta razón me aflixo! [Ap.]

¡Qué notable desconcierto!-

XIMENA.

¡Señor, a mi padre han muerto!

DIEGO LAÍNEZ

Señor, matóle mi hijo;
fue obligación sin malicia.

XIMENA.

Fue malicia y confiança.

DIEGO LAÍNEZ

Hay en los hombres vengança.

XIMENA.

¡Y habrá en los Reyes justicia!
¡Esta sangre limpia y clara
en mis ojos considera!

DIEGO LAÍNEZ
Si essa sangre no saliera
¿cómo mi sangre quedara?

XIMENA.
¡Señor, mi padre he perdido!

DIEGO LAÍNEZ
¡Señor, mi honor he cobrado!

XIMENA.
Fué el vasallo más honrado.

DIEGO LAÍNEZ
¡Sabe el cielo quién lo ha sido!
Pero no os quiero aflixir:
soys mujer; dezid, Señora.

XIMENA.
Esta sangre dirá agora
lo que no acierto a dezir.
Y de mi justa querella
justicia assí pediré,
porque yo solo sabré
mezclar lágrimas con ella.
Yo vi con mis propios ojos
teñido el luziente azero:
mira si con causa muero
entre tan justos enojos.
Yo llegué casi sin vida,
y sin alma ¡triste yo!
a mi padre, que me habló
por la boca de la herida.
Atajóle la razón
la muerte, que fue cruel,
y escribió en este papel
con sangre mi obligación.
A tus ojos poner quiero
letras que en mi alma están,
y en los míos, como imán,
sacan lágrimas de azero.
Y aunque el pecho se desangre

en su misma fortaleza,
costar tiene una cabeça
cada gota desta sangre.

REY.
¡Levantad!

DIEGO LAÍNEZ

Yo vi, Señor,
que en aquel pecho enemigo
la espada de mi Rodrigo
entrava a buscar mi honor.
Llegué, y halléle sin vida,
y puse con alma esenta
el coraçon en mi afrenta
y los dedos en su herida.
Lavé con sangre el lugar
adonde la mancha estava,
porque el honor que se lava,
con sangre se ha de lavar.
Tú, Señor, que la ocasión
viste de mi agravio, advierte
en mi cara de la suerte
que se venga un bofetón;
que no quedara contenta
ni lograda mi esperança,
si no vieras la vengança
adonde viste la afrenta.
Agora, si en la malicia
que a tu respeto obligó,
la vengança me tocó
y te toca la justicia,
hazla en mí, Rey soberano,
pues es proprio de tu Alteza
castigar en la cabeça
los delitos de la mano.
Y sólo fue mano mía
Rodrigo: yo fui el cruel
que quise buscar en él
las manos que no tenía.
Con mi cabeça cortada
quede Ximena contenta,
que mi sangre sin mi afrenta
saldrá limpia y saldrá honrada.

REY.

¡Levanta y sosiégate,
Ximena!

XIMENA.
¡Mi llanto crece!

Salen DOÑA URRACA y el Príncipe DON SANCHO, con quien les acompañe.

URRACA.
Llega, hermano, y favorece [Aparte.]
a tu Ayo.

D. SANCHO
Assí lo haré.

REY.
Consolad, Infanta, vos
a Ximena.-¡Y vos, id preso! [A DIEGO.]

D. SANCHO
Si mi padre gusta deso
presos iremos los dos.
Señale la fotalenza...
mas tendrá su Magestad
a estas canas más piedad.

DIEGO LAÍNEZ
Déme los pies vuestra Alteza.

REY.
A castigalle me aplico.
¡Fue gran delito!

D. SANCHO
Señor,
fue la obligación de honor,
¡y soy yo el que lo suplico!

REY.
Casi a mis ojos matar
al Conde, tocó en trayción.

URRACA.
El Conde le dio ocasión.

XIMENA.

¡Él la pudiera escusar!

D. SANCHO

Pues por Ayo me le has dado,
hazle a todos preferido;
pues que para havello sido
le importava el ser honrado.
Mi Ayo ¡bueno estaría
preso mientras bivo estoy!

PERANSULES.

De tus hermanos lo soy
y fue el Conde sangre mía.

D. SANCHO

¿Qué importa?

REY.

¡Baste!

D. SANCHO

¡Señor!,
en los Reyes soberanos
siempre menores hermanos
son criados del mayor.
¿Con el Príncipe heredero
los otros se han de igualar?

PERANSULES.

Preso le manda llevar.

D. SANCHO

¡No hará el Rey, si yo no quiero!

REY.

¡Don Sancho!...

XIMENA.

¡El alma desmaya!

ARIAS.

-Su braveza maravilla.- [Aparte.]

D. SANCHO

¡Ha de perderse Castilla
primer que preso vaya!

REY.

Pues vos le havéys de prender.

DIEGO LAÍNEZ

¿Qué más bien puedo esperar?

D. SANCHO

Si a mi cargo ha de quedar,

yo su Alcayde quiero ser.

Siga entre tanto Ximena

su justicia.

XIMENA.

¡Harto mejor!

Perseguiré el matador.

D. SANCHO

Conmigo va.

REY.

¡Enhorabuena!

XIMENA.

-¡Ay, Rodrigo! pues me obligas, [Ap.]

si te persigo verás.-

URRACA.

-Yo pienso valelle más [Aparte.]

quanto tú más le persigas.-

ARIAS.

-Sucesos han sido estraños.- [Ap.]

D. SANCHO

Pues yo tu Príncipe soy,

ve confiado.

DIEGO LAÍNEZ

Sí, voy.

Guárdete el cielo mil años.

Sale un PAJE, y habla a la Infanta.

PAJE.

A su casa de plazer

quiere la Reyna partir;
manda llamarte.

URRACA.
Havré de ir;
con causa deve de ser.

REY.
Tú, Ximena, ten por cierto
tu consuelo en mi rigor.

XIMENA.
¡Haz justicia!

REY.
Ten valor.

XIMENA.
¡Ay, Rodrigo, que me has muerto! [Aparte.]

Vanse, y salen RODRIGO y ELVIRA, criada de XIMENA.

ELVIRA.
¿Qué has hecho, Rodrigo?

RODRIGO.
Elvira,
una infelize jornada.
A nuestra amistad pasada
y a mis desventuras mira.

ELVIRA.
¿No mataste al Conde?

RODRIGO.
Es cierto;
importávale a mi honor.

ELVIRA.
Pues, Señor,
¿quándo fue casa del muerto
sagrado del matador?

RODRIGO.
Nunca al que quiso la vida;
pero yo busco la muerte

en su casa.

ELVIRA.
¿De qué suerte?

RODRIGO.
Está Ximena ofendida;
de sus ojos soberanos
siento en el alma disgusto,
y por ser justo,
vengo a morir en sus manos,
pues estoy muerto en su gusto.

ELVIRA.
¿Qué dices? Vete, y reporta
tal intento; porque está
cerca Palacio, y vendrá
acompañada.

RODRIGO.
¿Qué importa?
En público quiero hablalla,
y ofrecelle la cabeça.

ELVIRA.
¡Qué estrañeza!
Esso fuera... -¡vete, calla!-
locura y no gentileza.

RODRIGO.
Pues ¿qué haré?

ELVIRA.
¿Qué siento? ¡ay, Dios!
¡Ella vendrá...! ¿Qué recelo?...
¡Ya viene! ¡Válgame el cielo!
¡Perdidos somos los dos!
A la puerta del retrete
te cubre desa cortina.

RODRIGO.
Eres divina. Escóndese RODRIGO.

ELVIRA.
Peregrino fin promete [Aparte.]
ocasión tan peregrina.

Salen XIMENA GÓMEZ, PERANSULES, y quien los acompañe.

XIMENA.

Tío, dexadme morir.

PERANSULES.

Muerto voy. ¡Ah, pobre Conde!

XIMENA.

Y dexadme sola adonde
ni aun quexas puedan salir.

Vanse PERANSULES y los demás que salieron acompañando a XIMENA.

Elvira, sólo contigo
quiero descansar un poco.
Mi mal toco -Siéntase en una almo[h]ada.
con toda el alma; Rodrigo
mató a mi padre.

RODRIGO.

¡Estoy loco! [Ap.]

XIMENA.

¿Qué sentiré, si es verdad...,

ELVIRA.

Di, descansa.

XIMENA.

...¡ay, afligida!,
que la mitad de mi vida
ha muerto la otra mitad?

ELVIRA.

¿No es posible consolarte?

XIMENA.

¿Qué consuelo he de tomar,
si al vengar
de mi vida la una parte,
sin las dos he de quedar?

ELVIRA.

¿Siempre quieres a Rodrigo?

Que mató a tu padre mira.

XIMENA.

Sí, y aun preso ¡ay, Elvira!,
es mi adorado enemigo.

ELVIRA.

¿Piensas perseguille?

XIMENA.

Sí,
que es de mi padre el decoro;
y así lloro
el buscar lo que perdí,
persiguiendo lo que adoro.

ELVIRA.

Pues ¿cómo harás -no lo entiendo-
estimando el matador
y el muerto?

XIMENA.

Tengo valor
y havré de matar muriendo.
Seguiréle hasta vengarme.

Sale RODRIGO y arrodíllase delante de XIMENA.

RODRIGO.

Mejor es que mi amor firme,
con rendirme,
te dé el gusto de matarme
sin la pena del seguirme.

XIMENA.

¿Qué has emprendido? ¿Qué has hecho?
¿Eres sombra? ¿Eres visión?

RODRIGO.

¡Pasa el mismo coraçon
que pienso que está en tu pecho!

XIMENA.

¡Jesús!... ¡Rodrigo! ¿Rodrigo
en mi casa?

RODRIGO.

Escucha...

XIMENA.

¡Muero!...

RODRIGO.

Sólo quiero

que oyendo lo que digo,

respondas con este azero. -Dale su daga.

Tu padre el Conde, Loçano

en el nombre y en el brío,

puso en las canas del mío

la atrevida injusta mano;

Y aunque me vi sin honor,

se mal logró mi esperança

en tal mudança,

con tal fuerça, que tu amor

puso en duda mi vengança.

Mas en tan gran desventura

lucharon a mi despecho,

contrapuestos en mi pecho,

mi afrenta con tu hermosura;

y tú, Señora, vencieras,

a no haver imaginado,

que afrentado,

por infame aborrecieras

quien quisiste por honrado.

Con este buen pensamiento,

tan hijo de tus hazañas,

de tu padre en las entrañas

entró mi estoque sangriento.

Cobré mi perdido honor;

mas luego a tu amor,

rendido he venido

porque no llames rigor

lo que obligación ha sido,

donde discupada veas

con mi pena mi mudança,

y donde tomes vengança,

si es que vengança deseas.

Toma, y porque a entrambos quadre

un valor y un alvedrío,

haz con brío

la vengança de tu padre

como hize la del mío.

XIMENA.

Rodrigo, Rodrigo ¡ay triste!
yo confieso, aunque la sienta,
que en dar vengança a tu afrenta
como Cavallero hiziste.
No te doy la culpa a ti
de que desdichada soy;
y tal estoy,
que havré de emplear en mí
la muerte que no te doy.
Sólo te culpo, agraviada,
el ver que a mis ojos vienes
a tiempo que aún fresca tienes
mi sangre en mano y espada.
Pero no a mi amor, rendido,
sino a ofenderme has llegado,
confiado
de no ser aborrecido
por lo que fuiste adorado.
Mas, ¡vete, vete, Rodrigo!
Disculpará mi decoro
con quien piensa que te adoro,
el saber que te persigo.
Justo fuera sin oírte
que la muerte hiziera darte;
mas soy parte
para sólo perseguirte,
¡pero no para matarte!
¡Vete!... Y mira a la salida
no te vean, si es razón
no quitarme la opinión
quien me ha quitado la vida.

RODRIGO.

Logra mi justa esperança.
¡Mátame!

XIMENA.

¡Déxame!

RODRIGO.

¡Espera!
¡Considera
que el dexarme es la vengança,
que el matarme no lo fuera!

XIMENA.
Y aun por esso quiero hazella.

RODRIGO.
¡Loco estoy! Estás terrible...
¿Me aborreces?

XIMENA.
No es posible,
que predominas mi estrella.

RODRIGO.
Pues tu rigor ¿qué hazer quiere?

XIMENA.
Por mi honor, aunque muger,
he de hazer
contra ti quanto pudiere...
deseando no poder.

RODRIGO.
¡Ay, Ximena! ¿Quién dixera...

XIMENA.
¡Ay, Rodrigo! ¿Quién pensara...

RODRIGO.
...que mi dicha se acabara?

XIMENA.
...y que mi bien feneciera?
Mas ¡ay, Dios! que estoy temblando
de que han de verte saliendo...

RODRIGO.
¿Qué estoy viendo?

XIMENA.
¡Vete, y déxame penando!

RODRIGO.
¡Quédate, iréme muriendo! -Éntranse los tres.

Sale DIEGO LAÍNEZ, solo.

DIEGO LAÍNEZ

No la ovejuela su pastor perdido,
ni el león que sus hijos le han quitado,
baló quexosa, ni bramó ofendido,
como yo por Rodrigo... ¡Ay hijo amado!
Voy abraçando sombras descompuesto
entre la oscura noche que ha cerrado...
Dile la seña y señaléle el puesto
donde acudiese en sucediendo el caso.
¿Si me habrá sido inobediente en esto?
¡Pero no puede ser! ¡Mil penas paso!
Algún inconveniente le habrá hecho,
mudando la opinión, torcer el paso...
¡Qué helada sangre me revienta el pecho!
¿Si es muerto, herido, o preso?... ¡Ay, cielo santo!
¡Y cuántas cosas de pesar sospecho!
¿Qué siento?... ¿Es él? Mas, no merezco tanto;
será que corresponden a mis males
los ecos de mi boz y de mi llanto.
Pero... entre aquellos secos pedregales
buelvo a oír el galope de un cavallo...
Dél se apea Rodrigo. ¿Hay dichas tales?

Sale RODRIGO.

¿Hijo?

RODRIGO.

¿Padre?

DIEGO LAÍNEZ

¿Es posible que me hallo
entre tus braços? Hijo, aliento tomo
para en tus alabanças empleallo.
¿Cómo tardaste tanto? Pies de plomo
te puso mi deseo y, pues veniste,
no he de cansarte preguntando el cómo.
¡Bravamente provaste!, ¡bien lo hiziste!
¡bien mis pasados bríos imitaste!,
¡bien me pagaste el ser que me deviste!
Toca las blancas canas que me honraste,
llega la tierna boca a la mexilla
donde la mancha de mi honor quitaste.
Sobervia el alma a tu valor se humilla,
como conservador de la nobleza
que ha honrado tantos Reyes en Castilla.

RODRIGO.

Dame la mano y alça la cabeça,
a quien, como la causa, se atribuya
si hay en mí algún valor y fortaleza.

DIEGO LAÍNEZ

Con más razón besara yo la tuya,
pues si yo te di el ser naturalmente,
tú me le has buelto a pura fuerça suya.
Mas será no acabar eternamente,
si no doy a esta plática desvíos.
Hijo, ya tengo prevenida gente;
con quinientos hidalgos, deudos míos,
(que cada qual tu gusto solicita),
sal en campaña a exercitar tus bríos.
Ve, pues la causa y la razón te incita,
donde están esperando en sus cavallos,
que el menos bueno a los del Sol imita.
Buena ocasión tendrás para empleallos,
pues Moros fronterizos arrogantes,
al Rey le quitan tierras y vasallos;
que ayer, con melancólicos semblantes,
el Consejo de Guerra, y el de Estado,
lo supo por espías vigilantes.
Las fértiles campañas han talado
de Burgos; y pasando Montes de Oca,
de Nágera, Logroño y Bilforado,
con suerte mucha, y con vergüença poca,
se llevan tanta gente aprisionada,
que ofende al gusto y el valor provoca.
Sales al paso, emprende esta jornada,
y dando brío al corazón valiente,
prueve la lanza quien provó la espada,
y el Rey, sus Grandes, la plebeya gente,
no dirán que la mano te ha servido
para vengar agravios solamente.
Sirve en la guerra al Rey; que siempre ha sido
digna satisfacción de un Cavallero
servir al Rey a quien dexó ofendido.

RODRIGO.

¡Dadme la bendición!

DIEGO LAÍNEZ

Hazello quiero.

RODRIGO.

Para esperar de mi obediencia palma,
tu mano beso y a tus pies la espero.

DIEGO LAÍNEZ

Tómala con la mano y con el alma. -Vanse.

Sale la Infanta DOÑA URRACA, asomada a una ventana.

URRACA.

¡Qué bien el campo y el monte
le parece a quien lo mira
hurtando el gusto al cuidado,
y dando el alma a la vista!
En los llanos y en las cumbres
¡qué a concierto se divisan
aquí los pimpollos verdes,
y allí las pardas encinas!
Si acullá brama el león,
aquí la mansa avecilla
parece que su braveza
con sus cantares mitiga.
Despeñándose el arroyo,
señala que, como estiman
sus aguas la tierra blanda,
huyen de las peñas bivas.
Bien merecen estas cosas
tan bellas y tan distintas,
que se imite a quien las goza,
y se alabe a quien las cría.
¡Bienaventurado aquel
que por sendas escondidas
en los campos se entretine,
y en los montes se retira!
Con tan buen gusto la Reyna,
mi madre, no es maravilla
si en esta casa de campo
todos sus males alivia.
Salió de la Corte huyendo
de entre la confusa grita,
donde unos toman vengança
quando otros piden justicia...
¿Qué se habrá hecho Rodrigo?,
que con mi presta venida
no he podido saber dél

si está en salvo o si peligrá.
No sé qué tengo, que el alma
con cierta melancolía
me desvela en su cuydado...
Mas ¡ay! estoy divertida:
una tropa de caballos
dan polvo al viento que imitan,
todos a punto de guerra...
¡Jesús, y qué hermosa vista!
Saber la ocasión deseo,
la curiosidad me incita...
¡Ah, cavalleros! ¡ah, hidalgos! [Llamando.]
Ya se paran, y ya miran.
¡Ah, Capitán, el que lleva
banda y plumas amarillas!
Ya de los otros se aparta...
la lança a un árbol arrima...
ya se apea del cavallo,
ya de su lealtad confía,
ya el cimientto desta torre,
que es todo de peña biva,
trepá con ligeros pies...
ya los miradores mira.
Aún no me ha visto. ¿Qué veo?
Ya le conozco. ¿Hay tal dicha?

Sale RODRIGO.

RODRIGO.
La boz de la Infanta era...
Ya casi las tres esquinas
de la torre he rodeado.

URRACA.
¡Ah! ¿Rodrigo? [Llamando.]

RODRIGO.
Otra vez grita...
Por respetar a la Reyna
no respondo, y ella misma
me hizo dexar el cavallo.
Mas... ¡Jesús! ¡Señora mía!

URRACA.
¡Dios te guarde! ¿Dónde vas?

RODRIGO.

Donde mis hados me guían,
dichosos, pues me guiaron
a merecer esta dicha.

URRACA.

¿Ésta es dicha? No, Rodrigo;
la que pierdes lo sería;
bien me lo dize por señas
la sobrevista amarilla.

RODRIGO.

Quien con esperanças bive,
desesperado camina.

URRACA.

Luego, no las has perdido.

RODRIGO.

A tu servicio me animan.

URRACA.

¿Saliste de la ocasión
sin peligro y sin heridas?

RODRIGO.

Siendo tú mi defensora
advierte cómo saldría.

URRACA.

¿Dónde vas?

RODRIGO.

A vencer Moros,
y assí la gracia perdida
cobrar de tu padre el Rey.

URRACA.

¡Qué notable gallardía!
¿Quién te acompaña?

RODRIGO.

Esta gente
me ofrece quinientas vidas,
en cuyos hidalgos pechos
yerve también sangre mía.

URRACA.

Galán vienes, bravo vas,
mucho vales, mucho obligas;
bien me parece, Rodrigo,
tu gala y tu valentía.

RODRIGO.

Estimo con toda el alma
merced que fuera divina,
mas mi humildad en tu Alteza
mis esperanças marchita.

URRACA.

No es imposible, Rodrigo,
el igualarse las dichas
en desiguales estados,
si es la nobleza una misma.
¡Dios te vuelva vencedor,
que después!...

RODRIGO.

¡Mil años bivas!

URRACA.

¿Qué he dicho? [Aparte.]

RODRIGO.

Tu bendición
mis vitorias facilita.

URRACA.

¿Mi bendición? ¡Ay, Rodrigo,
si las bendiciones más
te alcançan, serás dichoso!

RODRIGO.

Con no más de recibillas
lo seré, divina Infanta.

URRACA.

Mi voluntad es divina.
Dios te guíe, Dios te guarde,
como te esfuerça y te anima,
y en número tus vitorias
con las estrellas compitan.

Por la redondez del mundo,
después de ser infinitas,
con las plumas de la fama
y el mismo Sol las escriba.
Y ve agora confiado
que te valdré con la vida.
Fía de mí estas promesas
quien plumas al viento fía.

RODRIGO.

La tierra que ves adoro,
pues no puedo la que pisas;
y la eternidad del tiempo
alargue a siglos tus días.
Oyga el mundo tu alabança
en las bocas de la imbidia,
y más que merecimientos
te dé la fortuna dichas.
Y yo me parto en tu nombre,
por quien venço mis desdichas,
a vencer tantas batallas
como tú me pronosticas.

URRACA.

¡Deste cuydado te acuerda!

RODRIGO.

Lo divino no se olvida.

URRACA.

¡Dios te guíe!

RODRIGO.

¡Dios te guarde!

URRACA.

Ve animoso.

RODRIGO.

Tú me animas.

¡Toda la tierra te alabe!

URRACA.

¡Todo el cielo te bendiga! -Vanse.

Gritan de adentro los MOROS, y sale huyendo un PASTOR.

MOROS.

¡Li, li, li, li!...

PASTOR.

¡Jesús mío,
qué de miedo me acompaña!
Moros cubren la campaña...
Mas de sus fieros me río,
de su lança y de su espada,
como suba, y me remonte
en la cumbre de aquel monte
todo de peña tajada.

Sale un REY MORO y quatro MOROS con él, y el PASTOR éntrase huyendo.

REY MORO.

Atad bien esos Cristianos.
Con más concierto que priesa
id marchando.

MORO 1.º

¡Brava presa!

REY MORO.

Es hazaña de mis manos.
Con asombro y maravilla,
pues en su valor me fundo,
sepa mi poder el mundo,
pierda su opinión Castilla.
¿Para qué te llaman Magno,
Rey Fernando, en paz y en guerra,
pues yo destruyo tu tierra
sin oponerte a mi mano?
Al que Grande te llamó,
¡bive el cielo, que le coma,
porque, después de Mahoma,
ninguno mayor que yo!

Sale el PASTOR sobre la peña.

PASTOR.

Si es mayor el que es más alto,
yo lo soy entre estos cerros.
¿Qué apostaremos -¡ah, perros!-
que no me alcançays de un salto?

MORO 2.º

¿Qué te alcanza una saeta?

PASTOR.

Si no me escondo, sí hará.

¡Morillos, bolvé, esperá,
que el Cristiano os acometa!

MORO 3.º

Oye, Señor, ¡por Mahoma!,
que Cristianos...

REY MORO.

¿Qué os espanta?

MORO 4.º

¡Allí polvo se levanta!

MORO 1.º

¡Y allí un estandarte asoma!

MORO 2.º

Cavallos deven de ser.

REY MORO.

Logren, pues, mis esperanças.

MORO 3.º

Ya se parecen las lanças.

REY MORO.

¡Ea! ¡morir o vencer!

Toque dentro una trompeta.

MORO 2.º

Ya la bastarda trompeta
toca el arma. Dizen dentro a boces:
¡Santiago!

REY MORO.

¡Mahoma! -Hazed lo que hago. [A los MOROS.]

Otra vez dentro:

¡Cierra, España!

REY MORO.

¡Oh, gran Profeta!

Vanse, y suena la trompeta, y caxas de guerra, y ruido de golpes dentro.

PASTOR.

¡Bueno! Mire lo que va
de Santiago a Mahoma...
¡Qué bravo herir! Puto, toma
para peras. ¡Bueno va!
¡Boto a San! Braveza es
lo que hazen los Cristianos;
ellos matan con las manos,
sus cavallos con los pies.
¡Qué lançadas! ¡Pardiés, toros
menos bravos que ellos son!
¡Assí calo yo un melón
como despachurran Moros!
El que como cresta el gallo
trae un penacho amarillo
¡oh, lo que haze! por dezillo
al Cura, quiero mirallo.
¡Pardiós! No tantas hormigas
mato yo en una patada,
ni siego en una manada
tantos manojos de espigas,
como él derriba cabeças...
¡Oh, hideputa! es de modo,
que va salpicado todo
de sangre mora... ¡Bravezas
haze, voto al soto!... Ya
huyen los Moros. ¡Ah galgos! [Gritando.]
¡Ea, Cristianos hidalgos,
seguidos! ¡Matá, matá!
entre las peñas se meten
donde no sirven cavallos...
Ya se apean..., alcançallos
quieren... de nuevo acometen...

Salen RODRIGO y el REY MORO, cada uno con los suyos acuchillándose.

RODRIGO.

¡También pelean a pie
los Castellanos, Morillos!
¡A matallos, a seguillos!

REY MORO.

¡Tente! ¡Espera!

RODRIGO.
¡Ríndeté!

REY MORO.
Un Rey a tu valentía
se ha rendido, y a tus leyes. -Ríndesele el REY.

\
RODRIGO.
¡Toca al arma! Quatro Reyes
he de vencer en un día.

Vanse todos, llevándose presos a los MOROS.

PASTOR.
¡Pardiós! que he havido plazer
mirándolos desde afuera;
las cosas desta manera
de tan alto se han de ver.

Éntrase el PASTOR, y salen el Príncipe DON SANCHO, y un MAESTRO DE ARMAS
con sendas espadas negras, y tirándole el Príncipe, y tras él, reportándole, DIEGO
LAÍNEZ.

MAESTRO.
¡Príncipe, Señor, Señor!

DIEGO LAÍNEZ
Repórtese vuestra Alteza,
que sin causa la braveza
desacredita el valor.

D. SANCHO
¿Sin causa?

DIEGO LAÍNEZ
Vete, que enfadas [Al MAEST.]
al Príncipe. -Éntrase el MAESTRO.
¿Cuál ha sido?

D. SANCHO
Al batallar, el ruido
que hizieron las dos espadas,
y a mí el rostro señalado.

DIEGO LAÍNEZ

¿Hate dado?

D. SANCHO

No; el pensar
que a querer me pudo dar,
me ha corrido y me ha enojado.
Y a no escaparse el Maestro,
yo le enseñara a saber...
No quiero más aprender.

DIEGO LAÍNEZ

Bastantemente eres diestro.

D. SANCHO

Quando tan diestro no fuera,
tampoco importara nada.

DIEGO LAÍNEZ

¿Cómo?

D. SANCHO

Espada contra espada,
nunca por esso temiera.
Otro miedo el pensamiento
me aflixe y me atemoriza:
con un arma arrojadiza
señala en mi nacimiento
que han de matarme, y será
cosa muy propinqua mía
la causa.

DIEGO LAÍNEZ

Y ¿melancolía
te da esso?

D. SANCHO

Sí, me da.
Y haziendo discursos vanos,
pues mi padre no ha de ser,
vengo a pensar y a temer
que lo serán mis hermanos.
Y assí los quiero tan poco,
que me ofenden.

DIEGO LAÍNEZ

¡Cielo santo!

A no respetarte tanto,
te dixera...

D. SANCHO
¿Que soy loco?

DIEGO LAÍNEZ
Que lo fué quien a esta edad
te ha puesto en tal confusión.

D. SANCHO
¿No tiene demostración
esta ciencia?

DIEGO LAÍNEZ
Assí es verdad.
Mas ninguno la aprendió
con certeza.

D. SANCHO
Luego, di:
¿locura es creella?

DIEGO LAÍNEZ
Sí.

D. SANCHO
¿Serálo el temella?

DIEGO LAÍNEZ
No.

D. SANCHO
¿Es mi hermana?

DIEGO LAÍNEZ
Sí, Señor.

Sale DOÑA URRACA, y UN PAJE, que le saca un venablo tinto en sangre.

URRACA.
En esta suerte ha de ver [Aparte.]
mi hermano, que aunque muger,
tengo en el braço valor.-
Hoy, hermano...

D. SANCHO
¿Cómo así?

URRACA.
...entre unas peñas...

D. SANCHO
¿Qué fue?

URRACA.
...este venablo tiré,
con que maté un jabalí,
viniendo por el camino
caçando mi madre y yo.

D. SANCHO
Sangriento está; y ¿le arrojó
tu mano? -¡Ay, cielo divino!
Mira si tengo razón. Entre los dos.

DIEGO LAÍNEZ
Ya he caído en tu pesar.

URRACA.
¿Qué te ha podido turbar
el gusto?

D. SANCHO
Cierta ocasión
que me da pena.

DIEGO LAÍNEZ
Señora,
una necia astrología
le causa melancolía
y tú la creciste agora.

URRACA.
Quien viene a dalle contento,
¿cómo su disgusto aumenta?

DIEGO LAÍNEZ
Dize que a muerte violenta
le inclina su nacimiento.

D. SANCHO

¡Y con una arma arrojada
herido en el corazón!

DIEGO LAÍNEZ
Y como en esta ocasión
la vio en tu mano...

URRACA.
¡Ay, cuytada!

D. SANCHO
...alteróme de manera,
que me ha salido a la cara.

URRACA.
Si disgustarte pensara
con ella no la truxera.
Mas, tú ¿crédito has de dar
a lo que abominan todos?

D. SANCHO
Con todo, buscaré modos
como poderme guardar;
mandaré hazer una plancha,
y con ella cubriré
el corazón, sin que esté
más estrecha, ni más ancha.

URRACA.
Guarda con más prevención
el corazón: mira bien
que por la espalda también
hay camino al corazón.

D. SANCHO
¿Qué me has dicho? ¿Qué imagino?
¡Qué tú de tirar te alabes
un venablo, y de que sabes
del corazón el camino
por las espaldas!... ¡Traydora!
¡Temo que causa has de ser
tú de mi muerte! ¡Muger,
estoy por matarte agora
y asegurar mis enojos!

DIEGO LAÍNEZ

¿Qué hazes, Príncipe?

D. SANCHO

¿Qué siento?

¡Esse venablo sangriento
rebienta sangre en mis ojos!

URRACA.

Hermano, el rigor reporta
de quien justamente huyo.
¿No es mi padre como tuyo
el Rey mi Señor?

D. SANCHO

¿Qué importa?

Que eres de mi padre hija,
pero no de mi fortuna.
Nací heredando.

URRACA.

Importuna
es tu arrogancia, y prolija.

DIEGO LAÍNEZ

El Rey viene.

D. SANCHO

¡Qué despecho! [Ap.]

URRACA.

¡Qué hermano tan enemigo! [Ap.]

Salen el REY DON FERNANDO y el REY MORO, que embía Rodrigo, y otros que le acompañan.

REY.

Diego, tu hijo Rodrigo
un gran servicio me ha hecho;
y en mi palabra fiado,
licencia le he concedido
para verme.

DIEGO LAÍNEZ

Y ¿ha venido?

REY.

Sospecho que havrá llegado;
y en prueba de su valor...

DIEGO LAÍNEZ
¡Grande fue la dicha mía!

REY.
...hoy a mi presencia embía
un Rey por su Embaxador. -Siéntase el REY.
Bolvió por mí y por mis greyes;
muy obligado me hallo.

REY MORO.
Tienes, Señor, un vasallo
de quien lo son quatro Reyes.
En esquadrones formados,
tendidas nuestras banderas,
corríamos tus fronteras,
vencíamos tus soldados,
talávamos tus campañas,
cautivávamos tus gentes,
sugetando hasta las fuentes
de las sobervias montañas;
quando gallardo y ligero
el gran Rodrigo llegó,
peleó, rompió, mató,
y vencióme a mí el primero.
Viniéronme a socorrer
tres Reyes, y su venir
tan sólo pudo servir
de dalle más que vencer,
pues su esfuerço varonil
los nuestros dexando atrás,
quinientos hombres no más
nos vencieron a seys mil.
Quitónos el Español
nuestra opinión en un día,
y una presa que valía
más oro que engendra el Sol.
Y en su mano vencedora
nuestra divisa Otomana,
sin venir lança cristiana
sin una cabeça mora,
viene con todo triunfando
entre aplausos excesivos,
atropellando cautivos

y banderas arrastrando,
asegurando esperanças,
obligando coraçones,
recibiendo bendiciones
y despreciando alabanças.
Y ya llega a tu presencia.

URRACA.
¡Venturosa suerte mía! [Aparte.]

DIEGO LAÍNEZ
Para llorar de alegría
te pido, Señor, licencia,
y para abraçalle ¡ay, Dios!
antes que llegue a tus pies.

Entra RODRIGO, y abráçanse.

¡Estoy loco!

RODRIGO.
Causa es [Al REY.]
que nos disculpa a los dos.-
Pero ya esperando estoy
tu mano, y tus pies, y todo. -Arrodíllase delante el REY.

REY.
¡Levanta, famoso Godo,
levanta!

RODRIGO.
¡Tu hechura soy!-
¡Mi Príncipe! [A DON SANCHO.]

D. SANCHO
¡Mi Rodrigo!

RODRIGO.
Por tus bendiciones llevo [A D.^a URRACA.]
estas palmas.

URRACA.
Ya de nuevo,
pues te alcançan, te bendigo.

REY MORO.

¡Gran Rodrigo!

RODRIGO.

¡Oh, Almançor!

REY MORO.

¡Dame la mano, el Mío Cide!

RODRIGO.

A nadie mano se pide
donde está el Rey mi Señor.
A él le presta la obediencia.

REY MORO.

Ya me sugeto a sus leyes
en nombre de otros tres Reyes
y el mío.- ¡Oh, Alá! paciencia.- [Ap.]

D. SANCHO

El «Mío Cid» le ha llamado.

REY MORO.

En mi lengua es «Mi Señor»,
pues ha de serlo el honor
merecido y alcançado.

REY.

Esse nombre le está bien.

REY MORO.

Entre Moros le ha tenido.

REY.

Pues allá le ha merecido,
en mis tierras se le den.
Llamalle «el Cid» es razón,
y añadirá, porque asombre,
a su apellido este nombre,
y a su fama este blasón.

Sale XIMENA GÓMEZ, enlutada, con quatro ESCUDEROS, también enlutados, con sus lobas.

ESCUADERO. 1.º

Sentado está el Señor Rey
en su silla de respaldo.

XIMENA.

Para arrojarme a sus pies
¿qué importa que esté sentado?
Si es Magno, si es justiciero,
premie al bueno y pene al malo;
que castigos y mercedes
hazen seguros vasallos.

DIEGO LAÍNEZ

Arrastrando luengos lutos,
entraron de quatro en quatro
escuderos de Ximena,
hija del Conde Loçano.
Todos atentos la miran,
suspense quedó Palacio,
y para decir sus quejas
se arrodilla en los estrados.

XIMENA.

Señor, hoy haze tres meses
que murió mi padre a manos
de un rapaz, a quien las tuyas
para matador criaron.
Don Rodrigo de Bivar,
sobervio, orgulloso y bravo,
profanó tus leyes justas
y tú le amparas ufano.
Son tus ojos sus espías,
tu retrete su sagrado,
tu favor sus alas libres
y su libertad mis daños.
Si de Dios los Reyes justos
la semejança y el cargo
representan en la tierra
con los humildes humanos,
no deviera de ser Rey
bien temido, y bien amado,
quien desmaya la justicia
y esfuerça los desacatos.
A tu justicia, Señor,
que es árbol de nuestro amparo,
no se arrimen malhechores,
indignos de ver sus ramos.
Mal lo miras, mal lo sientes,
y perdona si mal hablo;

que en boca de una muger
tiene licencia un agravio.
¿Qué dirá, qué dirá el mundo
de tu valor, gran Fernando,
si al ofendido castigas
y si premias al culpado?
Rey, Rey justo, en tu presencia,
advierete bien cómo estamos:
él ofensor, yo ofendida;
yo gimiendo y él triunfando;
él arrastrando banderas
y yo lutos arrastrando;
él levantando trofeos
y yo padeciendo agravios;
él soberbio, yo encogida,
yo agraviada y él honrado,
yo aflixida y él contento,
él riendo y yo llorando.

RODRIGO.

¡Sangre os dieran mis entrañas, [Ap.]
para llorar, ojos claros!

XIMENA.

¡Ay, Rodrigo! ¡Ay, honra! ¡Ay, ojos!
¿adónde os lleva el cuydado? [Aparte.]

REY.

¡No haya más, Ximena, baste!
Levantaos, no lloréys tanto,
que ablandaran vuestras quexas
entrañas de azero y mármol;
que podrá ser que algún día
troquéys en plazer el llanto,
y si he guardado a Rodrigo,
quiçá para vos le guardo.
Pero por hazeros gusto,
buelva a salir desterrado,
y huyendo de mi rigor
exercite el de sus braços,
y no asista en la Ciudad
quien tan bien prueba en el campo.
Pero si me days licencia,
Ximena, sin enojaros,
en premio destas vitorias
ha de llevarse este abraço. [Abrázale.]

RODRIGO.

Honra, valor, fuerza y vida,
todo es tuyo, gran Fernando,
pues siempre de la cabeza
baja el vigor a la mano.
Y así, te ofrezco a los pies
esas banderas que arrastro,
esos Moros que cautivo
y esos haberes que gano.

REY.

Dios te me guarde, el Mió Cid.

RODRIGO.

Beso tus heroicas manos,
-y a Ximena dexo el alma.- [Aparte].

XIMENA.

¡Que la opinión pueda tanto [Aparte].
que persigo lo que adoro!

URRACA.

Tiernamente se han mirado; [Aparte].
no le ha cubierto hasta el alma
a Ximena el luto largo
¡ay, cielo!, pues no han salido
por sus ojos sus agravios.

D. SANCHO

Vamos, Diego, con Rodrigo,
que yo quiero acompañarlo,
y verme entre tus trofeos.

DIEGO LAÍNEZ

Es honrarme, y es honrallo.
¡Ay, hijo del alma mía!

XIMENA.

¡Ay, enemigo adorado! [Aparte].

RODRIGO.

¡Oh, amor, en tu Sol me yelo! [Ap.]

URRACA.

¡Oh, amor, en celos me abraso! [Ap.]

Fin del acto segundo

ACTO TERCERO

Salen ARIAS GONÇALO y la Infanta DOÑA URRACA.

ARIAS.

Más de lo justo adelantas,
Señora, tu sentimiento.

URRACA.

Con mil ocasiones siento
y lloro con otras tantas.
Arias Gonçalo, por padre
te he tenido.

ARIAS.

Y soylo yo
con el alma.

URRACA.

Ha que murió
y está en el cielo mi madre
más de un año, y es crueldad
lo que esfuerçan mi dolor,
mi hermano con poco amor,
mi padre con mucha edad.
Un moço que ha de heredar,
y un viejo que ha de morir
me dan penas que sentir
y desdichas que llorar.

ARIAS.

Y ¿no alivia tu cuydado
el ver que aún viven los dos,
y entre tanto querrá Dios
pasarte a mejor estado,
a otros Reynos, y a otro Rey
de los que te han pretendido?

URRACA.

¿Yo un estraño por marido?

ARIAS.

No lo siendo de tu ley
¿qué importa?

URRACA.

¿Así me destierra
la piedad que me crió?
Mejor le admitiera yo
de mi sangre y de mi tierra;
que más quisiera mandar
una Ciudad, una Villa,
una Aldea de Castilla,
que en muchos Reynos reynar.

ARIAS.

Pues pon, Señora, los ojos
en uno de tus vasallos.

URRACA.

Antes havré de quitellos
a costa de mis enojos.
Mis libertades te digo
como el alma propia mía...

ARIAS.

Di, no dudes.

URRACA.

Yo querría
al gran Cid, al gran Rodrigo.
Castamente me obligó,
pensé casarme con él,..

ARIAS.

Pues ¿quién lo estorba?

URRACA.

¡Es cruel
mi suerte, y honrada yo!
Ximena y él se han querido,
y después del Conde muerto
se adoran.

ARIAS.

¿Es cierto?

URRACA.

Cierto
será, que en mi daño ha sido.
Quanto más su padre llora,
quanto más justicia sigue,
y quanto más le persigue,
es cierto que más le adora;
y él la idolatra adorado,
y está en mi pecho advertido,
no del todo aborrecido,
pero del todo olvidado;
que la muger ofendida,
del todo desengañada,
ni es discreta, ni es honrada,
si no aborrece ni olvida.
Mi padre viene; después
hablaremos..., mas ¡ay, cielo!
ya me ha visto.

ARIAS.

A tu consuelo
aspira.

Salen el REY DON FERNANDO y DIEGO LAÍNEZ y los que le acompañan.

DIEGO LAÍNEZ

Beso tus pies
por la merced que a Rodrigo
le has hecho; vendrá bolando
a servirte.

REY.

Ya esperando
lo estoy.

DIEGO LAÍNEZ

Mi suerte bendigo.

REY.

Doña Urraca, ¿dónde vays?
Esperad, hija, ¿qué hazéys?
¿qué os aflije?, ¿qué tenéys?
¿havéys llorado?, ¿lloráys?
¡Triste estáys!

URRACA.

No lo estuviera,
si tú, que me diste el ser,
eterno hubieras de ser,
o mi hermano amable fuera.
Pero mi madre perdida,
y tú cerca de perderte,
dudosa queda mi suerte,
de su rigor ofendida.
Es el Príncipe un león
para mí.

REY.

Infanta, callad;
la falta en la eternidad
supliré en la prevención.
Y pues tengo, gloria a Dios,
más Reynos y más estados
adquiridos que heredados,
alguno habrá para vos.
Y alegraos, que aún bivo estoy,
y si no...

URRACA.

¡Dame la mano!

REY.

...es don Sancho buen hermano,
yo padre, y buen padre, soy.
Id con Dios.

URRACA.

¡Guárdete el cielo!

REY.

Tened de mí confiança.

URRACA.

Ya tu bendición me alcança. -Vase.

ARIAS.

Ya me alcança tu consuelo. [A D.^a URRACA].

Sale UN CRIADO [y entrega al REY una carta; el REY la lee y después dize:]

REY.

Resuelto está el de Aragón,
pero ha de ver algún día
que es Calahorra tan mía
como Castilla y León;
que pues letras y letrados
tan varios en esto están,
mejor lo averiguarán
con las armas los soldados.
Remitir quiero a la espada
esta justicia que sigo,
y al Mió Cid, al mi Rodrigo,
encargalle esta jornada.
En mi palabra fiado
lo he llamado.

ARIAS.
Y ¿ha venido?

DIEGO LAÍNEZ
Si tu carta ha recibido
con tus alas ha bolado.

Sale OTRO CRIADO.

CRIADO.
Ximena pide licencia
para besarte la mano.

REY.
Tiene del Conde Loçano
la arrogancia y la impaciencia.
Siempre la tengo a mis pies
descompuesta y querellosa.

DIEGO LAÍNEZ
Es honrada y es hermosa.

REY.
Importuna también es.
A disgusto me provoca
el ver entre sus enojos,
lágrimas siempre en sus ojos,
justicia siempre en su boca.
Nunca imaginara tal;
siempre sus querellas sigo.

ARIAS.

Pues yo sé que ella y Rodrigo,
Señor, no se quieren mal.
Pero así de la malicia
defenderá la opinión,
o quizá satisfacción
pide, pidiendo justicia;
y el tratar el casamiento
de Rodrigo con Ximena
será alivio de su pena.

REY.

Yo estuve en tu pensamiento,
pero no lo osé intentar
por no crecer su disgusto.

DIEGO LAÍNEZ

Merced fuera y fuera justo.

REY.

¿Quiérense bien?

ARIAS.

No hay dudar.

REY.

¿Tú lo sabes?

ARIAS.

Lo sospecho.

REY.

Para intentallo ¿qué haré?
¿De qué manera podré
averiguallo en su pecho?

ARIAS.

Dexándome el cargo a mí,
haré una prueba bastante.

REY.

Dile que entre. [Al CRIADO 2.º]

ARIAS.

Este diamante
he de provar.-Oye. [Al CRIADO 1.º]

CRIADO.

Di.

El primer CRIADO habla al oído con ARIAS GONÇALO, y el otro sale a avisar a XIMENA.

REY.

En el alma gustaría
de gozar tan buen vasallo
libremente.

DIEGO LAÍNEZ

Imaginallo
haze inmensa mi alegría.

Sale XIMENA GÓMEZ.

XIMENA.

Cada día que amanece,
veo quien mató a mi padre,
cavallero en un cavallo,
y en su mano un gavián.
A mi casa de plazer,
donde alivio mi pesar,
curioso, libre y ligero,
mira, escucha, viene, y va,
y por hazerme despecho
dispara a mi palomar
flechas, que a los vientos tira,
y en el corazón me dan;
mátame mis palomicas
criadas y por criar;
la sangre que sale de ellas
me ha salpicado el brial.
Embiéselo a dezir,
embióme a amenazar
con que ha de dexar sin vida
cuerpo que sin alma está.
Rey que no haze justicia
no devría de reynar,
ni pasear en cavallo,
ni con la Reyna folgar.
¡Justicia, buen Rey, justicia!

REY.

¡Baste, Ximena, no más!

DIEGO LAÍNEZ

Perdonad, gentil Señora,
y vos, buen Rey, perdonad,
que lo que agora dixiste
sospecho que lo soñáys;
pensando vuestras venganças,
si os desvanece el llorar,
lo havréys soñado esta noche,
y se os figura verdad;
que Rodrigo ha muchos días,
Señora, que asusente está,
porque es ido en romería
a Santiago: ved, mirad
cómo es posible ofenderos
en esso que le culpáys.

XIMENA.

Antes que se fuese ha sido.
-¡Si podré disimular!- Aparte.
Ya en mi ofensa, que estoy loca
sólo falta que digáys.

Dentro UN CRIADO y el PORTERO.

PORTERO.

¿Qué queréys?

CRIADO.

Hablar al Rey.
¡Dexadme, dexadme entrar! -Sale el primer CRIADO.

REY.

¿Quién mi palacio alborota?

ARIAS.

¿Qué tenéys? ¿Adónde vays?

CRIADO.

Nuevas te traygo, el buen Rey,
de desdicha, y de pesar;
el mejor de tus vasallos
perdiste, en el cielo está.
El Santo Patrón de España
venía de visitar,

y salieronle al camino
quinientos Moros, y aun más.
Y él, con veynte de los suyos,
que acompañándole van,
los acomete, enseñado
a no bolver paso atrás.
Catorze heridas le han dado,
que la menor fue mortal.
Ya es muerto el Cid, ya Ximena
no tiene que se cansar,
Rey, en pedirte justicia.

DIEGO LAÍNEZ

¡Ay, mi hijo! ¿dónde estáys?
-Que estas nuevas, aun oídas -Aparte.
burlando, me hazen llorar.-

XIMENA.

¿Muerto es Rodrigo? ¿Rodrigo
es muerto?... -¡No puedo más!...- [Aparte.]
¡Jesús mil veces!...

REY.

Ximena,
¿qué tenéys, que os desmayáys?

XIMENA.

Tengo... un laço en la garganta,
¡y en el alma muchos hay!...

REY.

Bivo es Rodrigo, Señora,
que yo he querido provar
si es que dize vuestra boca
lo que en vuestro pecho está.
Ya os he visto el corazón;
reportalde, sosegad.

XIMENA.

-Si estoy turbada y corrida, -Aparte.
mal me puedo sosegar...
Bolveré por mi opinión...
Ya sé el cómo. ¡Estoy mortal!
¡Ay, honor, cuánto me cuestas!-
Si por agraviarme más
te burlas de mi esperanza

y pruevas mi libertad;
si miras que soy mujer,
verás que lo aciertas mal;
y si no ignoras, Señor,
que con gusto, o con piedad,
tanto atribula un plazer
como congoxa un pesar,
verás que con nuevas tales
me pudo el pecho asaltar
el plazer, no la congoxa.
Y en prueba desta verdad,
hagan públicos pregones
desde la mayor Ciudad
hasta en la menor Aldea,
en los campos y en la mar,
y en mi nombre, dando el tuyo
bastante seguridad,
que quien me dé la cabeça
de Rodrigo de Bivar,
le daré, con quanta hazienda
tiene la Casa de Orgaz,
mi persona, si la suya
me igualare en calidad.
Y si no es su sangre hidalga
de conocido solar,
lleve, con mi gracia entera,
de mi hazienda la mitad.
Y si esto no hazes, Rey,
propios y estraños dirán
que, tras quitarme el honor,
no hay en ti, para reynar,
ni prudencia, ni razón,
ni justicia, ni piedad.

REY.

¡Fuerte cosa havéys pedido!
No más llanto; bueno está.

DIEGO LAÍNEZ

Y yo también, yo, Señor,
suplico a tu Magestad,
que por dar gusto a Ximena,
en un pregón general
asegures lo que ofrece
con tu palabra Real;
que a mí no me da cuydado;

que en Rodrigo de Bivar
muy alta está la cabeça,
y el que alcançalla querrá
más que gigante ha de ser,
y en el mundo pocos hay.

REY.

Pues las partes se conforman,
¡ea, Ximena, ordenad
a vuestro gusto el pregón!

XIMENA.

Los pies te quiero besar.

ARIAS.

¡Grande valor de muger! [Aparte].

DIEGO LAÍNEZ

No tiene el mundo su igual. [Aparte].

XIMENA.

La vida te doy; perdona, [Aparte].
honor, si te devo más. -Vanse.

Salen el CID RODRIGO, y dos SOLDADOS suyos, y el PASTOR en hábito de lacayo; y una boz de un GAFO dize de dentro, sacando las manos, y lo demás del cuerpo muy llagado y asqueroso.

GAFO.

¿No hay un Cristiano que acuda
a mi gran necesidad?

RODRIGO.

Essos cavallos atad... [A los SOLDADOS].

¿Fueron bozes?

SOLD. 1.º

Son, sin duda.

RODRIGO.

¿Qué puede ser? El cuydado
haze la piedad mayor.

¿Oyes algo?

SOLD. 2.º

No, Señor.

RODRIGO.

Pues nos hemos apeado,
escuchad...

PASTOR.

No escucho cosa.

SOLD. 1.º

Yo tampoco.

SOLD. 2.º

Yo tampoco.

RODRIGO.

Tendamos la vista un poco
por esta campaña hermosa,
que aquí esperaremos bien
los demás; propio lugar
para poder descansar.

PASTOR.

Y para comer también.

SOLD. 1.º

¿Traes algo en el arcón?

SOLD. 2.º

Una pierna de carnero.

SOLD. 1.º

Y yo una bota...

PASTOR.

Essa quiero.

SOLD. 1.º

...y casi entero un jamón.

RODRIGO.

Apenas salido el Sol,
después de haber almorçado,
¿queréys comer?

PASTOR.

Un bocado.

RODRIGO.

A nuestro Santo Español
primero gracias le hagamos,
y después podréys comer.

PASTOR.

Las gracias suélnense hazer
después de comer: comamos.

RODRIGO.

Da a Dios el primer cuydado,
que aún no tarda la comida.

PASTOR.

¡Hombre no he visto en mi vida
tan devoto y tan soldado!

RODRIGO.

¿Y es estorbo el ser devoto
al ser soldado?

PASTOR.

Sí, es.
¿A qué soldado no ves
desalmado o boquirroto?

RODRIGO.

Muchos hay; y ten en poco
siempre a cualquiera soldado
hablador y desalmado,
porque es gallina o es loco.
Y los que en su devoción
a sus tiempos concertada
le dan filos a la espada,
mejores soldados son.

PASTOR.

Con todo, en esta jornada,
da risa tu devoción
con dorada guarnición,
y con espuela dorada,
con plumas en el sombrero,
a cavallo, y en la mano
un rosario.

RODRIGO.

El ser Cristiano
no impide al ser Cavallero.
Para general consuelo
de todos, la mano diestra
de Dios mil caminos muestra,
y por todos se va al cielo.
Y assí, el que fuere guiado
por el mundo peregrino,
ha de buscar el camino
que diga con el estado.
Para el bien que se promete
de un alma limpia y sencilla,
lleve el frayle su capilla,
y el clérigo su bonete,
y su capote doblado
lleve el tosco labrador,
que quiçá acierta mejor
por el surco de su arado.
Y el soldado y cavallero,
si lleva buena intención,
con dorada guarnición,
con plumas en el sombrero,
a cavallo, y con dorada
espuela, galán divino,
si no es que yerra el camino
hará bien esta jornada;
porque al cielo caminando
ya llorando, ya riendo,
van los unos padeciendo,
y los otros pelando.

GAFO.

¿No hay un Cristiano, un amigo
de Dios?...

RODRIGO.

¿Qué vuelvo a escuchar?

GAFO.

¡No con solo pelar
se gana el cielo, Rodrigo!

RODRIGO.

Llegad; de aquel tremedal
salió la boz.

GAFO.

¡Un hermano
en Cristo, déme la mano,
saldré de aquí!...

PASTOR.

¡No haré tal!
Que está gafa y asquerosa.

SOLD. 1.º

No me atrevo.

GAFO.

¡Oíd un poco,
por Cristo!

SOLD. 2.º

Ni yo tampoco.

RODRIGO.

Yo sí, que es obra piadosa,
Sácale de las manos.
y aun te besaré la mano.

GAFO.

Todo es menester, Rodrigo:
matar allá al enemigo,
y valer aquí al hermano.

RODRIGO.

Es para mí gran consuelo
esta cristiana piedad.

GAFO.

Las obras de caridad
son escalones del cielo.
Y en un Cavallero son
tan propias, y tan lucidas,
que deven ser admitidas
por precisa obligación.
Por ellas un Cavallero
subirá de grada en grada,
cubierto en lança y espada
con oro el luziente azero;
y con plumas, si es que acierta

la ligereza del buelo,
no haya miedo que en el cielo
halle cerrada la puerta.
¡Ah, buen Rodrigo!

RODRIGO.

Buen hombre,
¿qué Ángel... -llega, tente, toca-
... habla por tu enferma boca?
¿Cómo me sabes el nombre?

GAFO.

Oíte nombrar viniendo
agora por el camino.

RODRIGO.

Algún misterio imagino
en lo que te estoy oyendo.
¿Qué desdicha en tal lugar
te puso?

GAFO.

¡Dicha sería!
Por el camino venía,
desvieme a descansar,
y como casi mortal
torcí el paso, erré el sendero,
por aquel derrumbadero
caí en aquel tremedal,
donde ha dos días cabales
que no como.

RODRIGO.

¡Qué estrañeza!
Sabe Dios con qué terneza
contemplo afliciones tales.
A mí ¿qué me deve Dios
más que a ti? Y, porque es servido,
lo que es suyo ha repartido
desigualmente en los dos.
Pues no tengo más virtud,
tan de güeso y carne soy,
y gracias al cielo, estoy
con hazienda y con salud,
con igualdad nos podía
tratar; y assí, es justo darte

de lo que quitó en tu parte
para añadir en la mía.
Esas carnes laceradas
Cúbrele con un gaván.
cubrid con ese gaván.-
¿Las azémilas vendrán
tan presto?

PASTOR.
Vienen pesadas.

RODRIGO.
Pues de eso podéys traer
que a los arçones venía.

PASTOR.
Gana de comer tenía,
mas ya no podré comer,
porque essa lepra de modo
me ha el estómago rebuelto...

SOLD. 1.º
Yo también estoy resuelto
de no comer.

SOLD. 2.º
Y yo, y todo.
Un plato viene no más, [A RODRIGO.]
que por desdicha aquí está.

RODRIGO.
Esse solo bastará.

SOLD. 2.º
Tú, Señor, comer podrás
en el suelo.

RODRIGO.
No, que a Dios
no le quiero ser ingrato.
Llegad, comed, que en un plato [Al GAFO].
hemos de comer los dos.
Siéntanse los dos y comen.

SOLD. 1.º
¡Asco tengo!

SOLD. 2.º

¡Bomitar
querría!

PASTOR.

¿Vello podéys?

RODRIGO.

Ya entiendo el mal que tenéys,
allá os podéis apartar.
Solos aquí nos dexad,
si es que el asco os alborota.

PASTOR.

¡El dexaros con la bota
me pesa, Dios es verdad!

Vanse el PASTOR y SOLDADOS.

GAFO.

¡Dios os lo pague!

RODRIGO.

Comed.

GAFO.

¡Bastantemente he comido,
gloria a Dios!

RODRIGO.

Bien poco ha sido.
Beved, hermano, beved.
Descansá.

GAFO.

El divino Dueño
de todo, siempre pagó.

RODRIGO.

Dormid un poco, que yo
quiero guardaros el sueño.
Aquí estaré a vuestro lado.
Pero... yo me duermo... ¿hay tal?
No parece natural
este sueño que me ha dado.

A Dios me encomiendo, y sigo...
en todo... su voluntad... [Duérmese.]

GAFO.

¡Oh, gran valor! ¡Gran bondad!
¡Oh, gran Cid! ¡Oh, gran Rodrigo!
¡Oh, gran Capitán Cristiano!
Dicha es tuya, y suerte es mía,
pues todo el cielo te embía
la bendición por mi mano,
y el mismo Espíritu Santo
este aliento por mi boca.

El GAFO aliéntale por las espaldas, y desaparécese; y el CID váyase despertando a espacio, porque tenga tiempo de vestirse el GAFO de San Lázaro.

RODRIGO.

¿Quién me enciende? ¿quién me toca?
¡Jesús! ¡Cielo, cielo santo!
¿Qué es del pobre? ¿Qué se ha hecho?
¿Qué fuego lento me abrasa,
que como rayo me pasa
de las espaldas al pecho?...
¿Quién sería? El pensamiento
lo adivina, y Dios lo sabe.
¡Qué olor tan dulce y suave
dexó su divino aliento!
Aquí se dexó el gaván,
seguiréle sus pisadas...
¡Válgame Dios! señaladas
hasta en las peñas están.
Seguir quiero sin recelo
sus pasos...

Sale arriba con una tunicela blanca el GAFO, que es San Lázaro.

GAFO.

¡Buelve, Rodrigo!

RODRIGO.

...que yo sé que si los sigo,
me llevarán hasta el cielo.
Agora siento que pasa
con más fuerza y más vigor
aquel bao, aquel calor
que me consuela y me abrasa.

GAFO.

¡San Lázaro soy, Rodrigo!
Yo fuí el pobre a quien honraste;
y tanto a Dios agradaste
con lo que hiziste conmigo,
que serás un imposible
en nuestros siglos famoso,
un Capitán milagroso,
un vencedor invencible;
y tanto, que sólo a ti
los humanos te han de ver
después de muerto vencer.
Y en prueba de que es así,
en sintiendo aquel vapor,
aquel soberano aliento
que por la espalda violento
te pasa al pecho el calor,
emprende qualquier hazaña,
solicita qualquier gloria,
pues te ofrece la vitoria
el Santo Patrón de España.
Y ve, pues tan cerca estás,
que tu Rey te ha menester. -Desparécese.

RODRIGO.

Alas quisiera tener,
y seguirte donde vas.
Mas, pues el cielo, bolando,
entre sus nuves te encierra,
lo que pisaste en la tierra
iré siguiendo, y besando. -Vase.

Salen el REY DON FERNANDO, DIEGO LAÍNEZ, ARIAS GONÇALO y
PERANSULES.

REY.

Tanto de vosotros fío,
parientes...

ARIAS.

¡Honrar nos quieres!

REY.

...que a vuestros tres pareceres
quiero remitir el mío.

Y assí, dudoso y perplexo,
la respuesta he dilatado,
porque de un largo cuydado
nace un maduro consejo.
Propóneme el de Aragón,
que es un grande inconveniente
el juntarse tanta gente
por tan leve pretensión,
y cosa por inhumana,
que nuestras hazañas borra,
el comprar a Calahorra
con tanta sangre cristiana;
y que assí, desta jornada
la justicia y el derecho
se remita a solo un pecho,
una lança y una espada,
que peleará por él
contra el que fuere por mí,
para que se acabe assí
guerra, aunque justa, cruel.
Y sea del vencedor
Calahorra, y todo, en fin,
lo remite a don Martín
Gonzales, su Embaxador.

DIEGO LAÍNEZ

No hay negar que es cristiandad
bien fundada, y bien medida,
escusar con una vida
tantas muertes.

PERANSULES.

Es verdad.
Mas tiene el Aragonés
al que ves su Embaxador
por manos de su valor
y por basa de sus pies.
Es don Martín un gigante
en fuerças y en proporción,
un Rodamonte, un Milón,
un Alcides, un Adlante.
Y assí, apoya sus cuydados
en él solo, haviendo sido
quiçá no estar prevenido
de dineros y soldados.
Y assí, harás mal si aventuras,

remitiendo esta jornada
a una lança y a una espada,
lo que en tantas te aseguras,
y viendo en braço tan fiero
el azerada cuchilla...

ARIAS.

Y ¿no hay espada en Castilla
que sea también de azero?

DIEGO LAÍNEZ

¿Faltará acá un Castellano,
si hay allá un Aragonés,
para basa de tus pies,
para valor de tu mano?
¿Ha de faltar un Adlante
que apoye tu pretensión,
un árbol a esse Milón,
y un David a esse gigante?

REY.

Días ha que en mi corona
miran mi respuesta en duda,
y no hay un hombre que acuda
a ofrecerme su persona.

PERANSULES.

Temen el valor profundo
deste hombre, y no es maravilla
que atemorize a Castilla
un hombre que asombra el mundo.

DIEGO LAÍNEZ

¡Ah, Castilla! ¿a qué has llegado?

ARIAS.

Con espadas y consejos
no han de faltarte los viejos,
pues los moços te han faltado.
Yo saldré, y, Rey, no te espante
el fiar de mí este hecho;
que qualquier honrado pecho
tiene el corazón gigante.

REY.

¡Arias Gonçalo!...

ARIAS.

Señor,
de mí te sirve y confía,
que aún no es mi sangre tan fría,
que no yerva en mi valor.

REY.

Yo estimo esa voluntad
al peso de mi corona;
pero ¡alçad!, vuestra persona
no ha de aventurarse ¡alçad!
no digo por una Villa,
mas por todo el interés
del mundo.

ARIAS.

Señor, ¿no ves
que pierde opinión Castilla?

REY.

No pierde; que a cargo mío,
que le di tanta opinión,
queda su heroyco blasón
que de mis gentes confío,
y ganará el interés
no sólo de Calahorra,
mas pienso hazelle que corra
todo el Reyno Aragonés.
Hazed que entre don Martín.

Vase un CRIADO y entra OTRO.

CRIADO.

Rodrigo viene.

REY.

¡A buena hora!
¡Entre!

DIEGO LAÍNEZ

¡Ay, cielo!

REY.

En todo agora
espero dichoso fin.

Salen por una puerta DON MARTÍN GONÇALES, y por otra RODRIGO.

D. MARTÍN.

Rey poderoso en Castilla...

RODRIGO.

Rey, en todo el mundo, Magno...

D. MARTÍN.

¡Guárdete el cielo!

RODRIGO.

Tu mano

honre al que a tus pies se humilla.

REY.

Cubríos, don Martín. -Mío Cid,

levantaos.-Embaxador,

sentaos.

D. MARTÍN.

Assí estoy mejor.

REY.

Assí os escucho; deuid.

D. MARTÍN.

Sólo suplicarte quiero...

RODRIGO.

¡Notable arrogancia es ésta! -Aparte.

D. MARTÍN.

...que me des una respuesta,

que ha dos meses que la espero.

¿Tienes algún Castellano,

a quien tu justicia des,

que espere un Aragonés

cuerpo a cuerpo y mano a mano?

Pronuncie una espada el fallo,

dé un vitoria la ley;

gane Calahorra el Rey

que tenga mejor vasallo.

Dexe Aragón y Castilla

de verter sangre Española,

pues basta una gota sola
para el precio de una Villa.

REY.

En Castilla hay tantos buenos,
que puedo en su confianza
mi justicia y mi esperanza
fiarle al que vale menos.

Y a qualquier señalaría
de todos, si no pensase,
que si a uno señalase,
los demás ofendería.

Y así, para no escoger,
ofendiendo tanta gente,
mi justicia solamente
fiaré de mi poder.

Arbolaré mis banderas
con divisas diferentes;
cubriré el suelo de gentes
naturales y extranjeras;
marcharán mis Capitanes
con ellas; verá Aragón
la fuerza de mi razón
escrita en mis tafetanes.
Esto haré; y lo que le toca
hará tu Rey contra mí.

D. MARTÍN.

Essa respuesta le di,
antes de oílla en tu boca;
porque teniendo esta mano
por suya el Aragonés,
no era justo que a mis pies
se atreviera un Castellano.

RODRIGO.

-¡Rebiento!... -Con tu licencia
quiero responder, Señor;
que ya es falta del valor
sobrar tanto la paciencia.-
Don Martín, los Castellanos,
con los pies a vencer hechos,
suelen romper muchos pechos,
atropellar muchas manos,
y sugetar muchos cuellos;
y por mí su Magestad

te hará ver esta verdad
en favor de todos ellos.

D. MARTÍN.

El que está en aquella silla
tiene prudencia y valor:
no querrá...

RODRIGO.

¡Buelve, Señor,
por la opinión de Castilla!
¿Esto el mundo ha de saber?,
¿esso el cielo ha de mirar?;
sabes que sé pelear,
y sabes que sé vencer.
Pues ¿cómo, Rey, es razón
que por no perder Castilla
el interés de una Villa
pierda un mundo de opinión?
¿Qué dirán, Rey soberano,
el Alemán y el Francés,
que contra un Aragonés
no has tenido un Castellano?
Si es que dudas en el fin
de esta empresa, a que me obligo,
¡salga al campo don Rodrigo
aunque vença don Martín!
Pues es tan cierto y sabido
quánto peor viene a ser
el no salir a vencer,
que saliendo, el ser vencido.

REY.

Levanta, pues me levantas
el ánimo. En ti confío,
Rodrigo; el imperio mío
es tuyo.

RODRIGO.

Beso tus plantas.

REY.

¡Buen Cid!

RODRIGO.

¡El cielo te guarde!

REY.

Sal en mi nombre a esta lid.

D. MARTÍN.

¿Tú eres a quien llama Cid
algún Morillo covarde?

RODRIGO.

Delante mi Rey estoy,
mas yo te daré en campaña
la respuesta.

D. MARTÍN.

¿Quién te engaña?
¿Tú eres Rodrigo?

RODRIGO.

Yo soy.

D. MARTÍN.

¿Tú, a campaña?

RODRIGO.

¿No soy hombre?

D. MARTÍN.

¿Conmigo?

RODRIGO.

¡Arrogante estás!
Sí; y allí conocerás
mis obras como mi nombre.

D. MARTÍN.

Pues ¿tú te atreves, Rodrigo,
no tan sólo a no temblar
de mí, pero a pelear,
y quando menos, conmigo?
¿Piensas mostrar tus poderes,
no contra arneses y escudos,
sino entre pechos desnudos,
con hombres medio mugeres,
con los Moros, en quien son
los alfanges de oropel,
las adargas de papel

y los brazos de algodón?
¿No adviertes que quedarás
sin el alma que te anima,
si dexo caerte encima,
una manopla no más?
¡Ve allá, y vence a tus Morillos,
y huye aquí de mis rigores!

RODRIGO.

¡Nunca perros ladrones
tienen valientes colmillos!
Y así, sin tanto ladrar,
sólo quiero responder
que, animoso por vencer,
saldré al campo a pelear;
y fundado en la razón
que tiene su Magestad,
pondré yo la voluntad,
y el cielo la permisión.

D. MARTÍN.

¡Ea! pues quieres morir,
con matarte, pues es justo,
a dos cosas de mi gusto
con una quiero acudir.
¿Al que diere la cabeza [Al REY].
de Rodrigo, la hermosura
de Ximena no asegura
en un pregón vuestra Alteza?

REY.

Sí, aseguro.

D. MARTÍN.

Y yo soy quien
me ofrezco dicha tan buena;
porque, ¡por Dios!, que Ximena
me ha parecido muy bien.
Su cabeza por los cielos,
y a mí en sus manos, verás.

RODRIGO.

Agora me ofende más, -Aparte.
porque me abrasa con celos.

D. MARTÍN.

Es, pues, Rey, la conclusión,
en breve, por no cansarte,
que donde el término parte
Castilla con Aragón
será el campo, y señalados
Jüezes, los dos saldremos,
y por seguro traeremos
cada quinientos soldados.
Assí quede.

REY.
Quede assí.

RODRIGO.
Y ya verás en tu mengua
quán diferente es la lengua
que la espada.

D. MARTÍN.
Ve, que allí
daré yo (aunque te socorra
de tu arnés la mejor pieça)
a Ximena tu cabeça
y a mi Rey a Calahorra.

RODRIGO.
Al momento determino [Al REY.]
partir, con tu bendición.

D. MARTÍN.
Como si fuera un halcón
bolaré por el camino.

REY.
¡Ve a vencer!

DIEGO LAÍNEZ
¡Dios soberano
te dé la vitoria y palma,
como te doy con el alma
la bendición de la mano!

ARIAS.
¡Gran Castellano tenemos
en ti!

D. MARTÍN.

Yo voy.

RODRIGO.

Yo te sigo.

D. MARTÍN.

¡Allá me verás, Rodrigo!

RODRIGO.

¡Martín, allá nos veremos! -Vanse.

Salen XIMENA y ELVIRA.

XIMENA.

Elvira, ya no hay consuelo
para mi pecho aflixido.

ELVIRA.

Pues tú misma lo has querido
¿de quién te quejas?

XIMENA.

¡Ay, cielo!

ELVIRA.

Para cumplir con tu honor
por el dezir de la gente,
¿no bastaba cueradamente
perseguir el matador
de tu padre y de tu gusto,
y no obligar con pregones
a tan fuertes ocasiones
de su muerte y tu disgusto?

XIMENA.

¿Qué pude hacer? ¡Ay, cuytada!
Vime amante y ofendida,
delante del Rey corrida,
y de corrida, turbada;
y ofrecióme un pensamiento
para escusa de mi mengua;
dixe aquello con la lengua,
y con el alma lo siento,
y más con esta esperança
que este Aragonés previene.

ELVIRA.

Don Martín Gonçales tiene
ya en sus manos tu vengança.
Y en el alma tu belleza
con tan grande extremo arrayga,
que no dudes que te trayga
de Rodrigo la cabeça;
que es hombre que tiene en poco
todo un mundo, y no te asombres;
que es espanto de los hombres
y de los niños el coco.

XIMENA.

¡Y es la muerte para mí!
No me le nombres, Elvira;
a mis desventuras mira.
¡En triste punto nací!
¡Consuélame! ¿No podría
vencer Rodrigo? ¿Valor
no tiene? Mas es mayor
mi desdicha, porque es mía;
y ésta... ¡ay, cielos soberanos!...

ELVIRA.

Tan aflixida no estés.

XIMENA.

...será grillos de sus pies,
será esposas de sus manos;
ella le atará en la lid
donde le vença el contrario.

ELVIRA.

Si por fuerte y temerario
el mundo le llama «el Cid»,
quiçá vencerá su dicha
a la desdicha mayor.

XIMENA.

¡Gran prueba de su valor
será el vencer mi desdicha!

Sale un PAJE.

PAJE.

Esta carta te han traído:
dizen que es de don Martín
Gonçales.

XIMENA.
Mi amargo fin
podré yo dezir que ha sido.

¡Vete!- ¡Elvira, llega, llega! -Vase el PAJE.

ELVIRA.
La carta puedes leer.

XIMENA.
Bien dizes, si puedo ver;
que de turbada estoy ciega.

Lee la carta:

«El luto dexa, Ximena,
ponte vestidos de bodas,
si es que mi gloria acomodas
donde quitaré tu pena.
De Rodrigo la cabeça
te promete mi valor,
por ser esclavo y Señor
de tu gusto y tu belleza.
Agora parto a vencer
vengando al Conde Loçano;
espera alegre una mano
que tan dichosa ha de ser.
Don Martín.»
-¡Ay, Dios! ¿qué siento?

ELVIRA.
¿Dónde vas?... Hablar no puedes.

XIMENA.
¡A lastimar las paredes
de mi cerrado aposento,
a gemir, a suspirar!...

ELVIRA.
¡Jesús!

XIMENA.

¡Voy ciega, estoy muerta!
Ven, enséñame la puerta
por donde tengo de entrar...

ELVIRA.
¿Dónde vas?

XIMENA.
Sigo y adoro
las sombras de mi enemigo.
¡Soy desdichada!... ¡Ay, Rodrigo,
yo te mato y yo te lloro! -Vanse.

Salen el REY DON FERNANDO, ARIAS GONÇALO, DIEGO LAÍNEZ y
PERANSULES.

REY.
De Don Sancho la braveza,
que, como sabéys, es tanta
que casi casi se atreve
al respeto de mis canas;
viendo que por puntos crecen
el desamor, la arrogancia,
el desprecio, la aspereza
con que a sus hermanos trata;
como, en fin, padre, entre todos
me ha obligado a que reparta
mis Reynos y mis estados,
dando a pedaços el alma.
Desta piedad, ¿qué os parece?
Dezid, Diego.

DIEGO LAÍNEZ
Que es estraña,
y a toda razón de estado
haze grande repugnancia.
Si bien lo adviertes, Señor,
mal prevalece una casa
cuyas fuerças, repartidas,
es tan cierto el quedar flacas.
Y el Príncipe, mi Señor,
si en lo que dizes le agravias,
pues le dio el cielo braveza,
tendrá razón de mostralla.

PERANSULES.

Señor, Alonso y García,
pues es una misma estampa,
pues de una materia misma
los formó quien los ampara,
si su hermano los persigue,
si su hermano los maltrata,
¿qué será quando suceda
que a ser escuderos vayan
de otros Reyes a otros Reynos?
¿Quedaré Castilla honrada?

ARIAS.

Señor, también son tus hijas
doña Elvira y doña Urraca,
y no prometen buen fin
mugeres desheredadas.

DIEGO LAÍNEZ

¿Y si el Príncipe don Sancho,
cuyas bravezas espantan,
cuyos prodigios admiran,
advirtiese que le agravias?
¿Qué señala, qué promete,
sino incendios en España?
Assí que, si bien lo miras,
la misma, la misma causa
que a lo que dizes te incita,
te obliga a que no lo hagas.

ARIAS.

Y ¿es bien que su Magestad,
por temer essas desgracias,
pierda sus hijos, que son
pedaços de sus entrañas?

DIEGO LAÍNEZ

Siempre el provecho común
de la Religión cristiana
importó más que los hijos;
demás que será sin falta,
si mezclando disensiones
unos a otros se matan,
que los perderá también.

PERANSULES.

Entre dilaciones largas

esso es dudoso, esto cierto.

REY.

Podrá ser, si el brío amayna
don Sancho con la igualdad,
que se humane.

DIEGO LAÍNEZ

No se humana
su indomable corazón
ni aun a las estrellas altas.
Pero llámale, Señor,
y tu intención le declara,
y así verás si en la suya
tiene paso tu esperanza.

REY.

Bien dizes.

DIEGO LAÍNEZ

Ya viene allí.

Sale el PRÍNCIPE.

REY.

Pienso que mi sangre os llama.
Llegad, hijo; sentaos, hijo.

D. SANCHO

Dame la mano.

REY.

Tomalda.

Como el peso de los años,
sobre la ligera carga
del cetro y de la corona,
más presto a los Reyes cansa,
para que se eche de ver
lo que va en la edad cansada
de los trabajos del cuerpo
a los cuydados del alma,
-siendo la veloz carrera
de la frágil vida humana
un hoy en lo poseído,
y en lo esperado un mañana-,
yo, hijo, que de mi vida

en la segunda jornada,
triste el día y puesto el Sol,
con la noche me amenaza,
quiero, hijo, por salir
de un cuydado, cuyas ansias
a mi muerte precipitan
quando mi vida se acaba,
que oyáys de mi testamento
bien repartidas las mandas,
por saber si vuestro gusto
asegura mi esperança.

D. SANCHO

¿Testamento hazen los Reyes?

REY.

-¡Qué con tiempo se declara!- Aparte.
No, hijo, de lo que heredan,
mas pueden de lo que ganan.
Vos heredáys, con Castilla,
la Estremadura y Navarra,
quanto hay de Pisuerga a Ebro.

D. SANCHO

Esso me sobra.

REY.

En la cara. -Aparte.
se le ha visto el sentimiento.

D. SANCHO

¡Fuego tengo en las entrañas! [Ap.]

REY.

De don Alonso es León
y Asturias, con quanto abraça
Tierra de Campos; y dexo
a Galicia y a Vizcaya
a don García. A mis hijas
doña Elvira y doña Urraca
doy a Toro y a Zamora,
y que igualmente se partan
el Infantado. Y con esto,
si la del cielo os alcança
con la bendición que os doy,
no podrán fuerças humanas

en vuestras fuerças unidas,
atropellar vuestras armas;
que son muchas fuerças juntas
como un manojo de varas,
que a rompellas no se atreve
mano que no las abarca,
más de por sí cada una,
qualquiera las despedaçá.

D. SANCHO

Si en esse exemplo te fundas,
Señor, ¿es cosa acertada
el dexallas divididas
tú, que pudieras juntallas?
¿Por qué no juntas en mí
todas las fuerças de España?
En quitarme lo que es mío,
¿no ves, padre, que me agravias?

REY.

Don Sancho, Príncipe, hijo,
mira mejor que te engañas.
Yo sólo heredé a Castilla;
de tu madre doña Sancha
fué León y lo demás
de mi mano y de mi espada.
Lo que yo gané ¿no puedo
repartir con manos francas
entre mis hijos, en quien
tengo repartida el alma?

D. SANCHO

Y a no ser Rey de Castilla,
¿con qué gentes conquistaras
lo que repartes agora?
¿con qué haveres, con qué armas?
Luego, si Castilla es mía
por derecho, cosa es clara
que al caudal, y no a la mano,
se atribuye la ganancia.
Tú, Señor, mil años bivas;
pero si mueres... ¡mi espada
juntará lo que me quitas,
y hará una fuerça de tantas!

REY.

¡Inobediente rapaz,
tu soberbia y tu arrogancia
castigaré en un castillo!

PERANSULES.

¡Notable altivez! [Aparte, a ARIAS].

ARIAS.

¡Estraña! [Ap.]

D. SANCHO

Mientras bives, todo es tuyo.

REY.

¡Mis maldiciones te caygan
si mis mandas no obedeces!

D. SANCHO

No siendo justas, no alcançan.

REY.

Estoy...

DIEGO LAÍNEZ

Mire vuestra Alteza [A D. SANCHO]
lo que dize; que más calla
quien más siente.

D. SANCHO

Callo agora.

DIEGO LAÍNEZ

En esta experiencia clara [Al REY.]
verás mi razón, Señor.

REY.

¡El corazón se me abrasa!

DIEGO LAÍNEZ

¿Qué novedades son éstas?
¿Ximena con oro y galas?

REY.

¿Cómo sin luto Ximena?
¿Qué ha sucedido? ¿qué pasa?

Sale XIMENA vestida de gala.

XIMENA.

-¡Muerto traygo el corazón! Aparte.

¡Cielo! ¿Si podré fingir?-

Acabé de recibir

esta carta de Aragón;

y como me da esperanza

de que tendré buena suerte,

el luto que di a la muerte

me le quito a la vengança.

DIEGO LAÍNEZ

Luego... ¿Rodrigo es vencido?

XIMENA.

Y muerto lo espero ya.

DIEGO LAÍNEZ

¡Ay, hijo!...

REY.

Presto vendrá

certeza de lo que ha sido.

XIMENA.

Essa he querido saber, -Aparte.

y aqueste achaque he tomado.

REY.

Sosegaos. [A DIEGO LAÍNEZ.]

DIEGO LAÍNEZ

¡Soy desdichado!...

Cruel eres. [A XIMENA.]

XIMENA.

Soy muger.

DIEGO LAÍNEZ

Agora estarás contenta,

si es que murió mi Rodrigo.

XIMENA.

Si yo la vengança sigo, -Aparte.

corre el alma la tormenta.

Sale un CRIADO.

REY.

¿Qué nuevas hay?

CRIADO.

Que ha llegado
de Aragón un Caballero.

DIEGO LAÍNEZ

¿Venció don Martín? ¡Yo muero!

CRIADO.

Devió de ser...

DIEGO LAÍNEZ

¡Ay, cuytado!

CRIADO.

...Que éste trae la cabeça
de Rodrigo, y quiere dalla
a Ximena.

XIMENA.

¡De tomalla -Aparte.
me acabará la tristeza!

D. SANCHO

¡No quedará en Aragón
una almena, bive el cielo!

XIMENA.

-¡Ay, Rodrigo! ¡Este consuelo -Aparte.
me queda en esta aflicción!-
¡Rey Fernando! ¡Cavalleros!
Oid mi desdicha inmensa,
pues no me queda en el alma
más sufrimiento y más fuerça.
¡A bozes quiero dezillo,
que quiero que el mundo entienda
quánto me cuesta el ser noble,
y cuánto el honor me cuesta!
De Rodrigo de Bivar
adoré siempre las prendas,

y por cumplir con las leyes
-¡que nunca el mundo tuviera!-
procuré la muerte suya,
tan a costa de mis penas,
que agora la misma espada
que ha cortado su cabeça
cortó el hilo de mi vida...

Sale DOÑA URRACA.

URRACA.
Como he sabido tu pena
he venido; -y como mía, -Aparte.
hartas lágrimas me cuesta!-

XIMENA.
...Mas, pues soy tan desdichada,
tu Magestad no consienta
que esse don Martín Gonçales
essa mano injusta y fiera
quiera dármele de esposo:
conténtese con mi hazienda.
Que mi persona, Señor,
si no es que el cielo la lleva,
llevaréla a un monasterio...

REY.
Consolaos, alçad, Ximena...

Sale RODRIGO.

DIEGO LAÍNEZ
¡Hijo! ¡Rodrigo!

XIMENA.
¡Ay, de mí!
¿Si son soñadas quimeras?

D. SANCHO
¡Rodrigo!

RODRIGO.
Tu Magestad [Al REY.]
me dé los pies, -y tu Alteza. [A DON SANCHO.]

URRACA.

Bivo le quiero, aunque ingrato. [Ap.]

REY.

De tan mentirosas nuevas
¿dónde está quien fue el autor?

RODRIGO.

Antes fueron verdaderas.
Que si bien lo adviertes, yo
no mandé dezir en ellas
sino sólo que venía
-a presentalle a Ximena
la cabeça de Rodrigo
en tu estrado, en tu presencia-,
de Aragón un Cavallero;
y esto es, Señor, cosa cierta,
pues yo vengo de Aragón,
y no vengo sin cabeça,
y la de Martín Gonçales
está en mi lança allí fuera;
y ésta le presento agora
en sus manos a Ximena.
Y pues ella en sus pregones
no dixo biva, ni muerta,
ni cortada, pues le doy
de Rodrigo la cabeça,
ya me deve el ser mi esposa;
mas si su rigor me niega
este premio, con mi espada
puede cortalla ella mesma.

REY.

Rodrigo tiene razón;
yo pronuncio la sentencia
en su favor.

XIMENA.

¡Ay de mí! [Aparte.]
Impídeme la vergüenza.

D. SANCHO

¡Ximena, hazedlo por mí!

ARIAS.

¡Essas dudas no os detengan!

PERANSULES.

Muy bien os está, sobrina.

XIMENA.

Haré lo que el cielo ordena.

RODRIGO.

¡Dicha grande! ¡Soy tu esposo!

XIMENA.

¡Y yo tuya!

DIEGO LAÍNEZ

¡Suerte inmensa!

URRACA.

¡Ya del corazón te arrojo, [Aparte.]
ingrato!

REY.

Esta noche mesma
vamos, y os desposará
el Obispo de Placencia.

D. SANCHO

Y yo he de ser el Padrino.

RODRIGO.

Y acaben de esta manera
las MOCEDADES DEL CID,
y las bodas de Ximena.

FIN DE LA COMEDIA